La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 26 DE OCTUBRE DE 1891 — NÚM. 513

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN SECRETO, dibujo de Grivaz

SUMARIO

Texto. – *Bocetos marítimos. Un buque de guerra*, por Federico Montaldo. – *¿Por qué no?*, por A. Sánchez Pérez. – *Crónica de Arte*, por R. Balsa de la Vega. – SECCIÓN AMERICANA: *El beaterio de Huanuco. Recuerdos americanos*, por Eva Canel. – *Nuestros grabados*. – *La Cuerda* (continuación), por M. Julio Claretie (de la Academia Francesa), con ilustraciones de Juan Beraud. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Experimentos de M. Tesla sobre las corrientes alternativas de gran frecuencia*. – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. – *Un secreto*, dibujo de Grivaz. – *Fuenterrabía; El anfiteatro de Roma* y otro *Apunte á la pluma* de D. Vicente Cutanda. – *Una consulta*, cuadro de D. J. M. Marqués (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891). – *Granadero de la Guardia española* (1824); *En descanso; Fragmento del cuadro «Carga del regimiento de húsares de la Princesa en la batalla de Castillejos;» Coracero de la Guardia real española* (1824), tres dibujos y una acuarela de D. Román Navarro. – *¡Señores, buenas noches!* (episodio del reinado de Federico el Grande), cuadro de Arturo Kampf. – *Carlos Parnell*. – Cuatro grabados que representan once figuras acerca de los experimentos de M. Tesla sobre las corrientes alternativas de gran frecuencia, con los correspondientes aparatos. – *Teatro Martín en Buenos Aires*, incendiado en la noche de 2 de septiembre último.

BOCETOS MARÍTIMOS

UN BUQUE DE GUERRA

Acabo de escribir lo que antecede y en seguida me echo á temblar: me parece que más pronto no puede ser; y no proviene ciertamente esa manifestación del miedo que me invade y que no oculto de la pavura que en mí pueda producir el apellido *guerra* del buque cuya descripción va á ocuparme en este artículo, sino de algo más grave que habla muy alto en favor de mi formalidad y buen deseo. Un buque de guerra, hoy, constituye así como un extracto de todas las ciencias y de todas las artes bellas y no bellas: lo que se refiere en los cuentos de hadas (que todos hemos leído ¡ay! cuando creíamos en ellas), al llegar al nacimiento de la princesa deseada, que aparecen todas aquéllas rodeando la cabecera de la cuna de oro, guarnecida de encajes, en que descansa la princesita recién nacida en la capital del reino que gobernará más tarde, y una le promete la belleza, y otra le ofrece la bondad, y otra le augura felicidad sin límites, eso ocurre verdaderamente con el buque cuando descansa sobre los picaderos en la grada, esperando que una mano corte las amarras que lo sujetan y pueda flotar; después de la flotadura, en la cuna de esmeralda guarnecida de espumas blancas y leves como blondas, en la que va á meterse dulcemente primero y á dominar después, allí va el ingeniero y le procura la belleza sana de las beldades fuertes, el hombre de mar que le da las condiciones propias para que cumpla como bueno los arduos compromisos futuros que han de pesar sobre él, el sacerdote, por último, que en nombre de algo superior y sobrenatural le augura felicidad y éxito en la vida que empieza.

Por eso me asusta la empresa que aquí acometo de dar una idea que pueda penetrar en todos los cerebros de lo que es un buque de guerra; mejor fuera sin duda que cada genio de los que contribuyeron á crearlo fuerte y bello explicara aquí la parte que tomó en la obra; pero esto es muy difícil conseguirlo, y yo prefiero hablar un poco de cada uno de ellos y quedarme con las señas de sus domicilios respectivos, para proporcionar al que esto lea, si no un retrato de cuerpo entero, un croquis siquiera del buque de guerra moderno cuyas líneas pueda él completar y convertirlo en cuadro, ó bien con la imaginación, si Dios le favoreció con ella, ó bien acudiendo directamente á los genios creadores que, guarecidos en las páginas de un libro ó desde las columnas de un diccionario, le darán gustosos cuantas noticias complementarias les pidiere. Yo por mi parte procuraré que el rato que dure la lectura esta no parezca muy largo y que algo quede.

Para mí, el título de un trabajo literario es, y debe serlo, una promesa que se compromete á cumplirla quien lo firma; es como el rostro bonito en una mujer que, sólo por tenerlo, está más obligada que otra cualquiera á ser amable y complaciente y buena; pues muchos que atraídos por la muestra aquella buscan su retrato ó leen el artículo, ni se hubieran acercado de cien leguas, ni se acordaran jamás del santo de su nombre. El título de este artículo, es decir, su rostro, no se puede negar que es muy bonito: para la gente de oficio un buque de guerra representa un buen amigo, una defensa y un refugio; para los demás es una garantía de orden, de tranquilidad y de independencia. Hagamos, pues, un artículo amable y complaciente, ya que por mi desgracia no puede ser bueno, puesto que su cara, lo primero que de él se ve, es tan bonita.

Antes un buque nacía en el bosque: de los troncos añosos y robustos se hacían los baos y las tablas que formaban su casco; luego fué la mina la que abrió sus antros para que saliera de ellos el hierro que lo constituyó, y ahora desde la mina al arsenal se detiene para hacerse acero en algún gran palacio de la industria, altos hornos, fundiciones, y desde allí, en planchas y piezas acodadas ó de ángulo, pasa á cerrar un espacio en el que ha de ir guardada la honra de la patria, defendida por hombres denodados, por cañones, torpedos y toda la larga é interminable lista de aparatos científicos é ingeniosos que empieza en el estopín eléctrico, el descendiente del cebo de la antigua artillería, y acaba en la aguja compensada, la sucesora de la primitiva y elemental brújula ó rosa de los vientos; desde lo más pequeño y sencillo, dentro de su importancia, hasta lo más complicado y necesario.

Antes un buque se confiaba para moverse al viento, que soplaba ó no soplaba, sumiéndolo á veces en bochornosas y prolongadas calmas, durante las cuales se consumía á bordo la que pudiera tener el hombre más flemático, amén de los víveres y el agua potable y el carbón para la cocina y todo; el mismo motor impulsaba á los beligerantes que sólo por extraordinaria pericia de las tripulaciones respectivas podían distinguirse algo entre sí, aunque todas las evoluciones que pudieran intentarse estaban ya previstas; el que tenía el viento á favor suyo, el que ganaba el barlovento, era el amo de la situación, tan desigual como la que tendrían dos adversarios que se batieran á sable y que uno de ellos permaneciera de cara al sol que lo deslumbrara y confundiera, embarazando todos sus movimientos; hoy el viento se lleva en la bodega, como se dice en los barcos; allí está la máquina, las máquinas, mejor dicho, pues suelen llevarse dos, independientes desde los hornos á la hélice, que funcionan juntas ó con absoluta separación en caso de avería; el viento es el carbón que se lleva almacenado, distribuído y medido para recorrer una distancia conocida, con una velocidad determinada y en una dirección prevista; la casualidad, que antes predominaba, cede su puesto al cálculo y á la ciencia, que la sustituye con notable ventaja para el éxito.

Antes un buque fuerte, el más fuerte de todos, llevaba cien cañones, doscientos; hoy lleva de dos á diez; pero aquéllos eran unos tubos pequeños, de hierro ó de bronce, de ánima lisa, que arrojaban unos proyectiles esféricos y macizos cuyos efectos sobre el enemigo eran insignificantes y tardaban horas mortales en manifestarse; el abordaje solía terminar los encuentros; y en este asalto supremo, dado entre un humo denso que lo envolvía y lo dificultaba todo, la tripulación, diezmada por el fuego y la fuga, se rendía al vencedor, que tripulaba el buque con gente suya, lo carenaba luego y se lanzaba con él de nuevo á recorrer los mares. Hoy cada cañón es un volcán: fabricado con muchas toneladas de acero, hasta con 110 algunos, hendida su ánima por múltiples y profundas estrías, por la expansión de pólvora sin humo arrojan proyectiles cónicos enormes y rellenos con poderosos explosivos que los hacen estallar á tiempo, produciendo multitud de cascos dotados de velocidad inaudita que destruyen cuanto alcanzan, y vapores asfixiantes que sofocan y ahogan á la gente que pudo salir ilesa del tremendo choque; las antiguas planchas y ganchos de abordaje son ahora espolones y torpedos; el asalto es la embestida y la subsiguiente trompada, impresa con formidables espolones en los costados enemigos, cubiertos con gruesas planchas de acero; y ya no se lucha por apresar el buque, sino por volarlo y echarlo á pique hecho pedazos, sin que de él pueda salvarse nadie ni nada. Hoy se trata de hacer lo que dice nuestro divino Herrera en su hermosa canción *A la pérdida del rey Don Sebastián:*

Y el santo de Israel abrió su mano,
Y los dexó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero...

En estas cosas estamos, con efecto y pensando piadosamente, *dexados* de la mano de Dios.

Pero lo cierto es que, así y todo, ya dejamos expuestas las principales condiciones y cualidades que constituyen y distinguen al buque de guerra; construcción sólida, marcha rápida y segura y armamento poderoso y variado, con medios protectores. Eso es todo lo que diferencia á un buque de guerra de cualquier otro buque; eso es lo que á un buque cualquiera puede hacerlo de guerra para determinados casos y servicios, y eso es lo único que en un boceto puede apuntarse, aunque sea con mejor *puntería*, por supuesto, para dar una idea general y aproximada del asunto, sin entrar en el párrafo de las cifras ni en el laberinto de los nombres técnicos. Apartemos de nosotros el cáliz de las decenas de metros, los centenares de millas, los miles de toneladas y los millones de pesetas: huyamos de los blindajes verticales y horizontales; de las máquinas *compound* ó mixtas de triple y de cuádruple expansión; de los cruceros, acorazados y protegidos de los descubridores de escuadra, cazatorpederos y torpederos sencillos: todo esto puede ser tema para otra conferencia de estas que no doy á, sino que celebro con mis amables lectores, celebrándolo mucho por mi parte. Ahora contentémonos con saber lo dicho, pero sin olvidar, porque es muy importante, que el alma del complicado organismo que constituye un buque de guerra es el hombre, y que una tripulación entusiasta, bien organizada y dirigida, puede hacer milagros con un buque viejo, que ande poco y esté mal artillado, contra otro, modelo en la parte material, pero tripulado por gente desmoralizada ó mal conducida.

Podríamos citar muchos ejemplos de esto.

FEDERICO MONTALDO

¿POR QUÉ NO?

Eso es: ¿por qué no ha de haber *académicas*?, ó de otro modo: ¿por qué las mujeres no pueden ser órganos de esos aparatos inútiles, que se llaman Reales Academias? ¿No pueden ser reinas? ¿No son *regentas*? ¿No tienen derecho á ser tutoras de sus hijos? ¿No poseen capacidad legal para ser administradoras de sus bienes? Pues entonces, ¿á qué santo son esos aspavientos cuando se habla de que una señora ingrese en esta ó en la otra academia? Que ingrese, muy enhorabuena; no van á peligrar por eso ni la propiedad, ni la familia, ni otra alguna de esas instituciones seculares que, según todos sabemos, son firmísimo apoyo y sólido cimiento de las sociedades modernas, como lo fueron de las antiguas y lo serán de las venideras... si Dios quiere. *Amén*.

Ya estoy viendo caer sobre mí lluvia persistente y copiosa de epigramas punzantes, de chistes intencionados, de sangrientas burlas; los hombres de ingenio tienen siempre á mano esos recursos para combatir lo que no les agrada, cuando no encuentran argumentos más convincentes. Yo seré el primero en saborear lo salado de esas cuchufletas y en celebrar lo gracioso de esos chistes si, en efecto, tienen sal las unas y gracia los otros; pero después de haber reído todo lo que sea razón, y aun un poquito más si es preciso, seguiré preguntando con más seriedad que nunca: ¿Por qué no?

Y como he hablado y escrito siempre con absoluta sinceridad, declaro ante todo: que no vengo decidido á romper lanzas por los fueros del bello sexo; que no soy el campeón de la debilidad y de la gentileza; que no patrocino las candidaturas de señoras determinadas para los puestos vacantes en estas ó en las otras academias. Ni aun de vista conozco á la señora doña Concepción Arenal, á quien, por sus obras, admiro y respeto; no he tenido, ni una vez sola, ocasión de cambiar un simple saludo con la señora doña Emilia Pardo Bazán, cuyos escritos primorosos he celebrado siempre; no sé, ni necesito saber, si hay quien piensa que la señora duquesa de Berwick y de Alba ha contraído méritos bastantes para ocupar un sillón en la Academia de la Historia; en general hablo, y en servicio de lo que me parece verdadero y justo y razonable mantengo mi tesis, no para solicitar que la Academia de Ciencias Morales y Políticas reciba en su seno á la ilustre doña Concepción Arenal, ni para que sea admitida en la Española la insigne novelista que dirige el *Nuevo Teatro Crítico*. No aspiro tampoco á congraciarme con las bellas, si bien esta aspiración nada tendría de censurable; desgraciadamente para mí, los años ya vividos me ponen á cubierto de suposiciones maliciosas.

Hecha esta salvedad, que he considerado necesaria para salir al encuentro de algunas agudezas que ya estoy previendo, debo reconocer que, por ahora, la opinión general es hostil al pensamiento de que sean académicas las mujeres. Pero el argumento sacado de la opinión general es de muy poca fuerza para quien no cree en el aforismo: *Vox populi, vox Dei*. No, la opinión pública, la voz del pueblo, ha declarado muchas veces como verdades indiscutibles groseros errores; ha sostenido como principios inconcusos absurdos y desatinos, de los cuales esa misma *vox populi* se ha burlado poco después despiadadamente.

Hay sin duda en esto de negar á las mujeres la



FUENTERRABÍA, apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda

EL ANFITEATRO DE ROMA, apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda

entrada en las academias mucho, muchísimo de preocupación, parecida á la que inspiró á nuestros antepasados aquellas disposiciones que prohibían á la mujer representar comedias, y que hasta muy adelantado el presente siglo establecían la separación completa de sexos en los espectáculos públicos. Si á nuestros respetables abuelos – unos bonísimos señores que fueron tan viciosos como nosotros ó un poco más que nosotros – se les hubiese dicho que en la sala del teatro debían sentarse indistintamente señoras y caballeros, doncellas y casados, viejos y muchachas, se habrían hecho cruces, escandalizándose solamente de oir tan osadas afirmaciones; sin embargo, eso está ya realizado, lo vemos y lo admitimos todos como la cosa más natural y más sencilla del mundo, y... nada: no ha sobrevenido ningún cataclismo por ello. No sé, ni me importa, si las academias *están llamadas á desaparecer*, como la forma poética, en plazo muy breve; me inclino á creer que sí, aunque están sostenidas por el puntal resistente de la vanidad humana; pero si no desaparecen, ó tardan mucho en desaparecer, el bello sexo entrará en ellas; académicas y académicos discutirán tranquilamente en un salón de sesiones, y nadie verá en esto nada que haga reir ni que sorprenda, y no creerá el mundo que con eso se infiera ofensa grave ni leve á la honestidad ni al recato.

A decir verdad, casi todos los que, más ó menos desembozadamente, se han mostrado hasta ahora opuestos á la entrada de las señoras en las academias han tratado el asunto en son de broma, esgrimiendo como únicas armas, armas de cortesía, la chanza irónica, la agudeza ingeniosa, el chiste intencionado: *Cuestión social inocente* denomina al litigio el eminente escritor que oculta su nombre bajo el expresivo seudónimo de Eleuterio Filogyno; en tono humorístico, y con ligereza un tanto desdeñosa, trató de él, en *Madrid Cómico*, *Clarín*, el celebrado autor de esas dos obras maestras tituladas *La Regenta* y *Su único hijo*, y solamente el Sr. Calatraveño combate con mucha seriedad y con vehemencia extraordinaria el pensamiento, á su juicio perturbador y pernicioso, de que las mujeres se codeen con los hombres en los estrados de las academias.

El trabajo á que me refiero, y que según parece está tomado de un libro titulado *Ensayos médico-literarios*, es un artículo en el cual su discretísimo autor, que lo es el señor D. Fernando Calatraveño, trata de responder á otro escritor, médico también y literato muy distinguido, el cual ha preguntado lo que yo pregunto; si bien concretando á determinada señora su pregunta, y á quien el mentado Sr. Calatraveño dirige una contestación que principia así; copio literalmente:

«¿Sabe el ilustrado *polemista* por qué no se eligen señoras para ocupar los escaños de las Academias? Porque siquiera sea poco, reina todavía el buen sentido en nuestro país para no permitir semejantes delirios de imaginaciones fantásticas que se nutren de absurdos.»

Si es verdad que por la muestra se conoce el paño, bastan y sobran esos comienzos para presumir cómo será la contestación. Claro es que no incurriré en la impertinencia de defender al *polemista* ilustrado, que tiene bríos y alientos más que suficientes para defenderse por sí mismo, si lo considera oportuno; pero como en las líneas reproducidas se califica de insensatos á los que profesan en esta materia las ideas que profeso, y se denomina delirio á mi creencia y absurdo á mi modo de pensar, no me parece exceso que pida yo la palabra para alusiones y que acometa la empresa, no muy difícil ciertamente, de impugnar la argumentación del Sr. Calatraveño; bien entendido que al hablar de argumentación no me refiero al párrafo que sirve de introito, en el cual, según puede haber visto el lector discreto, no hay argumentación ni cosa que lo valga, sino tres ó cuatro afirmaciones *ex cathedra*, sin más garantía ni otra prueba que la honrada palabra del articulista.

Al párrafo en que el autor del libro *Ensayos médico-literarios* nos niega – porque sí y porque le da la gana – á los que no pensamos como él sentido común, discernimiento, sano juicio y poco menos que hombría de bien, siguen siete párrafos más, largos todos y un tanto laberínticos algunos, en los cuales, á lo que se comprende, ha querido el escritor desenvolver sus razonamientos y exponer sus demostraciones, pero de cuya lectura se deduce que no ha conseguido ni una cosa ni otra.

En el primer párrafo sorprende el autor á sus lectores con la recóndita observación de que «la mujer presenta diferencias notabilísimas que la separan del sexo opuesto,» y agrega, á guisa de corolario... verán ustedes lo que agrega: «que la naturaleza al establecerlas *fué* con el preconcebido intento de que cada individualidad sexual desempeñase diversos papeles.» No es muy de mi agrado ese *fué* que me he tomado la libertad de subrayar; pero prescindiendo de ese reparo que puede muy bien ser cuestión de gustos, paréceme que la naturaleza no debe de haber dicho al autor ni á nadie que al establecer esas diferencias que distinguen á la mujer del hombre *fué* con el propósito preconcebido de que las mujeres no fuesen académicas, porque, ó mucho me equivoco, ó cuando la naturaleza se tomó el trabajo de diferenciar los sexos no eran todavía conocidas esas doctas corporaciones.

En el segundo párrafo muéstrase el autor del libro *partidario ardiente* (así lo dice) de la instrucción del bello sexo, pero siempre que esa instrucción no traspase los límites por él mismo determinados, y una vez hecha esta solemne declaración torna á las andadas de llamar insensatos, cerebros que no piensan, niños que no discurren, soñadores de utopias, perturbadores de la sociedad, destructores de la familia,



Apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda

no ya solamente á los que tienen el atrevimiento de creer que no hay inconveniente alguno en que existan académicas, lo mismo que hay maestras de niñas, sino á los que osan pedir para la mujer una instrucción algo más amplia que la por él estatuída y determinada. Es cierto que la determinación no resulta muy clara; el adversario de las académicas no concede que se dé á la mujer más instrucción que la necesaria para cumplir con los deberes de *hija, esposa* y *madre;* ¡y vaya usted á saber hasta dónde llega esa instrucción, y cómo y cuánto puede variar según las circunstancias de lugar y de tiempo! Eso sin contar con que en la organización de nuestras sociedades hay algunas mujeres, muchas mujeres, que no llegan á ser esposas, ni son nunca madres de familia, con lo que, bajo esos conceptos, no tienen, por desgracia suya, deberes que cumplir.

En los dos párrafos siguientes el autor se limita á pintar con negros colores, amenizando el cuadro con tal cual pincelada de sarcasmo, el triste aspecto de una familia cuya madre, por ser *abogada* ó *médica,* tuviese que abandonar á sus hijos durante todo el día. Dejándose arrastrar el artista por el impulso irresistible de su inspiración, no echa de ver que ese mismo cuadro, exactamente el mismo, ofrecerá la familia cuya madre acompaña al marido en las faenas del campo en los pueblos rurales, ó acude á ganar un jornal como obrera en las poblaciones fabriles, ó asiste á ensayos por el día y á funciones por la noche como comedianta en las capitales importantes, ó se dedica, en fin, á cualquiera de las muchas tareas que en nuestro presente estado social desempeñan, sin que se escandalice nadie, las mujeres... Con que una de dos: ó priva en absoluto á la mujer de ser obrera, modista, cantante, empleada en teléfonos, etc., etc., ó ha de considerar que su conmovedora pintura del hogar sin la madre no desaparece porque se niegue á la mujer el derecho á estudiar jurisprudencia ó medicina ó lo que más sea de su agrado.

Los dos últimos párrafos del trabajo son ampliación y reproducción de los anteriores, y están reducidos como los otros á meras afirmaciones sin pruebas, como puede verse en el que á continuación copio:

«Esa es la mujer que nosotros concebimos y queremos: que en lugar de leyes sepa enseñar á deletrear á sus hijos, que en vez de concebir proyectos de ferrocarriles guíe sus primeros pasos; no queremos á la mujer que sepa cortar brazos y hacer ovariotomías, sino aquella que sabe confeccionar labores que pueda utilizar para el adorno de su casa.»

En buena lógica, las predilecciones del articulista nada tienen que ver en el asunto de si las mujeres pueden ó no pueden, deben ó no deben ser admitidas en las academias. El Sr. Calatraveño prefiere, es un suponer, las mujeres que saben bordar á las que saben escribir; otro cualquiera, con el mismo derecho que este señor, preferirá las que saben escribir á las que saben bordar; no han de faltar quienes gusten más de las que saben hacer una cosa y otra, porque hay gustos para todo; pero ni estas preferencias, ni aquellas, ni las de más allá, todas igualmente legítimas, demuestran que sean mejores los gustos del Sr. Calatraveño que los de otro. Como el que las rubias gusten á unos y las morenas gusten á otros no significará nunca, para quien con serenidad piense, que las rubias son más lindas que las morenas, ni éstas más hermosas que aquéllas. Yo, á riesgo de incurrir en excomunión mayor de parte del vehemente adversario de las académicas; exponiéndome á ser abrumado por un diluvio de los suaves calificativos que él gasta, como mentecato, majadero, perturbador, etc., etc., y sometiéndome de antemano á la penitencia que mi contendiente me imponga, quiero decirle, en descargo de mi conciencia y para conocimiento suyo, por si, como creo, no está bien enterado: *primero,* que no todas las mujeres tienen ya, desde que vienen al mundo, señalado para cuando sean núbiles un esposo y un hogar, sino que muchas, por el contrario, han de pensar desde muy niñas en adquirir medios para subvenir á las necesidades de la existencia; *segundo,* que aun para las buenas esposas, las excelentes madres de familia, puede ser, y en muchas será, de necesidad absoluta aceptar ocupaciones fuera de su casa; y de todas suertes, como ha sido lícito siempre y lo será en adelante, que las madres de familia, por buenas y santas y cariñosas que sean, concedan un rato de descanso al cuerpo y algunas horas de expansión al espíritu, así como nadie halla censurable que hagan visitas y concurran á paseos y asistan á teatros, podrían muy bien, sin poner en olvido sus deberes de amas de casa, asistir de vez en cuando á una sesión de la academia; *tercero,* que nadie ha pretendido nunca, ni es posible que lo pretenda persona alguna, que todas las señoras sean *abogadas,* como nadie admitiría tampoco que fuesen *abogados* todos los hombres, y *cuarto,* que de lo que se trataba ahora era de si las mujeres podían ser académicas, y ni los cuadros ternísimos del discreto autor de *Ensayos,* ni sus profesiones de fe acerca de que las mujeres le gustan mucho (en lo cual coincidimos), ni sus opiniones personalísimas sobre si la instrucción de la mujer debe abarcar estas ó las otras materias aportan dato alguno al problema ni añaden la más insignificante fuerza al razonamiento, cuyo contenido quedará contestado sólo con decirle: «¿Usted cree eso? Corriente. Está usted en su derecho en creerlo y en decirlo; yo creo esto otro y estoy en el mío; quedamos en paz.»

He creído que debía examinar con algún detenimiento ese trabajo, por ser el único de cuantos he visto en que se habla seriamente de esto; el ilustre Filogyno se chancea con bastante gracejo y mucho donaire, pero la verdad es que no se decide ni por una ni por otra solución, y mi buen amigo el admirable novelista Leopoldo Alas acaba por decir, al poner término á media docena de saladísimas fruslerías: «*Por mí que entren.*» Pues lo mismo digo.

Bien será advertir que Leopoldo Alas, como si pretendiese poner un correctivo á su propia lenidad, dice, así como de pasada, pero en realidad con las de Caín, que entre las mujeres artistas no ha brillado nunca una *Danta...* No recuerdo si lo decía así precisamente, pero una cosa por el estilo sí decía, y digo yo: Perfectamente; de las mujeres no se sabe que haya podido competir ninguna con Euclides ni con Newton, verdad es que no las hemos enseñado nunca matemáticas, y es verdad también que aun entre los hombres, muchísimos de los cuales conocen esa ciencia, no abundan los Newton ni los Euclides. Esa injusticia notoria en que mi buen amigo Clarín incurre, cobijándose (sin necesitarlo) bajo la autoridad muy discutible del egregio Mantegazza, me parece lo mismo que me parecería la del director de un colegio que hiciera aprender esgrima á una docena de alumnos durante tres ó cuatro años, y no permitiese á otros tomar siquiera un florete ni una espada, y que transcurridos esos años hiciese luchar á los segundos con los primeros, á fin de deducir que aquéllos no tenían aptitudes para el manejo de las armas.

Afirmamos y sostenemos, sin razón por supuesto, durante siglos y siglos, que la mujer es de condición, no solamente distinta, sino inferior á la del hombre; la prohibimos terminantemente adquirir determinados conocimientos, y transcurridos algunos siglos decimos muy seguros de nuestra superioridad: «A ver, señoras hembras, ustedes que presumen de valer lo que nosotros valemos, presenten ustedes un Arquímedes hembra, ó un Galileo ó un Euler del bello sexo.»

Que entre uno y otro sexo existen diferencias fisiológicas, ¿quién lo desconoce?, ¿quién lo ha negado? Que esas diferencias fisiológicas, originadas evidentemente en la diferencia de las funciones que cada sexo tiene que desempeñar en la existencia de la especie, determinan también condiciones distintas en los organismos del hombre y de la mujer, y en general del macho y de la hembra, es asimismo claro y no lo pone en duda nadie. Lo que no parece tan claro ni tan indiscutible es que esas diferencias de organismos que obedecen única y exclusivamente á la conservación de las especies sobre el planeta, determinen también diferencias psicológicas de importancia y que las determinen precisamente en contra de la mujer.

Por más que discurro no alcanzo á vislumbrar siquiera el fundamento de esa deducción en teoría; y en cuanto á la práctica, en los contados casos que pueden aducirse demuéstrase precisamente lo contrario.

Allí donde las leyes, hechas por nosotros, han permitido, han tolerado que la mujer compitiese con el hombre, allí ha sostenido, cuando menos con igualdad, en ocasiones con ventaja, la competencia. ¿Se busca arrojo, agilidad, destreza, fuerza?, pues en los circos ecuestres vemos frecuentemente mujeres que dejan á la zaga á los gimnastas más intrépidos, más ágiles y más vigorosos. ¿Se pide sentimiento, inteligencia, buen gusto?, pues al lado de los mejores actores brillan, superándoles muchas veces, eminentes actrices; las cantantes cuyo nombre ha llenado el mundo, nada tenían que envidiar seguramente á los cantantes más aplaudidos y más famosos; escritoras y poetisas han existido y existen hoy que figuran dignamente al lado de los más eminentes literatos.

Es posible que se halle en sus obras inferioridad en determinados conceptos; pero seguramente se encontrará superioridad en otros; quizá piensen alguna vez menos alto, pero de seguro sentirán siempre más hondo, y estas diferencias, hijas del distinto temperamento, no se hallarán solamente entre escritoras y escritores, sino aun entre dos escritores distintos, si son distintas sus condiciones.

No se entienda por lo que llevo dicho que pretendo hacer de cada señorita una poetisa y de cada señora una *catedrática,* como no quiero hacer de cada hombre un médico ni de cada muchacho un aprendiz de sastre. No, mis aspiraciones son mucho más humildes y, á mi juicio, mucho más razonables; deseo – y es justicia que pido – que así como el hombre sigue la profesión que más se acomoda á sus inclinaciones, y uno es soldado y clérigo el otro, y este abogado y aquel farmacéutico, sea lícito á la mujer dar empleo útil á sus aptitudes y á su laboriosidad y á su inteligencia. Que si es esposa y madre de familia y ángel de su hogar y guardián de sus hijos, lo sea por voluntad propia, escogiendo libremente aquel estado, no esclavizada por estúpidas imposiciones de la sociedad que le dice: «has de ser esposa y madre y ama de casa» y luego no le da ni esposo ni casa ni hijos. Si lo natural es que la mujer vaya por ese camino, por ese camino irá de seguro la generalidad, la inmensa mayoría de ellas; pero ¿por qué negar el agua y el fuego á las excepciones? ¿No son excepciones también los hombres eminentes?; pues nadie se cree con derecho á vejarlos ni escarnecerlos porque en lugar de escribir obras grandes ó de discurrir útiles inventos, no van á una oficina á ganar un sueldo con que atender al sustento de sus hijos.

La sana razón, no ya un capricho de mi fantasía, me dice que la *hembra* y el *macho,* desempeñando en la vida y persistencia de la especie funciones no iguales, pero sí de importancia equivalente, están á la misma altura de perfección fisiológica y psicológica. La práctica me dice, confirmando este juicio de mi razón, que la mujer ha manifestado siempre, en todos los países, en todos los tiempos de la historia, inteligencia igual, aptitudes semejantes á las del hombre, para el bien como para el mal, en lo pequeño como en lo grande. Es claro que si vamos á establecer comparaciones entre el vulgo de las mujeres y los hombres eminentes, el resultado será desventajoso para éstas; no, la comparación no ha de hacerse así: la mujer vulgar con el hombre vulgar, el varón insigne con la hembra eminente; entonces se verá cuán escasa, cuán inapreciable es la diferencia.

Y ya en este punto, reproduzco mi pregunta para ver si consigo que alguien la conteste con razones y no con chistes que nada prueban, como no sea la gracia del autor. ¿Por qué no? ¿Por qué no han de ser académicas las mujeres? ¿Es por ventura menos arduo y menos dificultoso dar solución acertada á una crisis ministerial que encontrar una definición propia para un vocablo?

¿Podrá considerarse más sencillo ocupar dignamente un trono que sentarse en un sillón de cualquier academia?

Pues si han existido reinas grandes, ¿por qué no habían de existir grandes académicas?

A. SÁNCHEZ PÉREZ

CRÓNICA DE ARTE

Puede decirse que los meses estivales han sido este año verdaderamente fecundos para el arte, y que el calor asfixiante del verano de 1891 en vez de alejar del taller al artista le ha infundido bríos para trabajar.

Mientras en las costas del Cantábrico y del Mediterráneo ó en el fondo de los valles y bajo los árboles de las frescas provincias del Norte y Noroeste de la península los centenares de personas que huyeran á los rigores de la terrible tropical temperatura de Madrid daban descanso al cuerpo y al espíritu, los escultores, envueltos en sus largas blusas, amasando febrilmente el barro, haciendo girar sin descanso el caballete, consultando la obra de indumentaria, interrogando al modelo con la mirada, como si la inercia física y psíquica que caracteriza esas gentes les pudiera acorrer en un punto, dándoles motivo para expresar algo de lo que presienten, de lo que desde allá de lo íntimo les dice con insistencia desesperante: *¡no, no es eso!;* los escultores, digo, así luchando bravamente contra el calor, el cansancio, la falta de tiempo, la incertidumbre de ver coronado tanto esfuerzo y sacrificio, han tratado de arrancar de la vaguedad de la descripción histórica ó biográfica, de la incorrecta é infantil imagen trazada por la mano de ignorado artista, las figuras en su aspecto físico y moral de Alfonso el Sabio, de Isidoro de Sevilla, de Vives, de Nebrija, de Berruguete, de Fray Luis de León, de veinte ó de veintitantos ilustres sabios, poetas, filósofos y artistas españoles, y cuyas efigies habrán de servir de ornamento al nuevo edificio destinado á Biblioteca y Museos de esta corte.



¡UNA CONSULTA, cuadro de D. José M. Marqués

(Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1891.)



GRANADERO DE LA GUARDIA ESPAÑOLA (1824), dibujo de D. Román Navarro

Cómo habrán realizado sus respectivas obras los aludidos escultores, pronto lo sabremos. La Academia de San Fernando juzgará cuantos proyectos se presenten y fallará sin que al expositor le quede derecho alguno á reclamar contra tal fallo, si éste fuera injusto. Desgraciadamente la dicha Academia viene hace tiempo dando cuerpo con sus desaciertos, con sus favoritismos incomprensibles, á la protesta que contra ella se levanta desde la prensa, desde los centros artísticos; y esa protesta tiene que agregar al capítulo de cargos los últimos concursos, donde la Academia de San Fernando dando la razón á la crítica, á la gente del arte, que pedía, por falta de condiciones esenciales de alguno de los monumentos, la anulación del certamen, sin embargo, atendiendo exclusivamente á un criterio reñido del todo con la unanimidad del parecer general, declaró digno de lauro cierto proyecto que, según el dictamen facultativo, no reunía las condiciones exigidas á esa clase de obras.

En tres concursos tiene que dar dictamen durante el actual mes de octubre la inmortal de la calle de Alcalá. En el abierto para una medalla conmemorativa que eternice la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América; en el convocado para erigir en Granada un monumento á la Reina Católica, y en el que por disposición del ministro de Fomento se anunció para la decoración de la nueva Biblioteca.

Con el primero de estos concursos está sucediendo lo que ha sucedido y sucederá en España mientras se tomen las cosas todas, sean del valor y de la importancia que quieran, á beneficio de inventario. El carácter de este concurso es internacional. A él concurren artistas italianos, franceses, alemanes é ingleses, amén de varios grabadores españoles. Según el articulado de la convocatoria, debían ser juzgados los modelos presentados á los quince días de su recepción y va transcurrido más de mes y medio. Los artistas extranjeros se impacientan y parece que alguno no se resigna á sufrir la informalidad y anuncia una reclamación en regla. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la seriedad española no queda muy bien parada que digamos.

Respecto del último de los concursos, los rumores que corren no son muy halagüeños para el arte en general ni para el artista que, no contando con apoyo alguno en las esferas oficiales, se presenta á luchar sin más armas que sus obras. He calificado este concurso de *concurso del hambre*, y tengo para mí que, en efecto, aquí se van á repartir unos cuantos miles de pesetas entre una docena de amigos y discípulos necesitados de recursos y sin reparar por un momento en el valor artístico de los proyectos y bocetos, dividiendo de este modo más hondamente de lo que están á los estatuarios españoles. Ya se principian á deslindar dos campos, uno patrocinado por los escultores académicos y otro por alguna personalidad que desde la prensa viene periódicamente atacando la viciosa corruptela del *magister dixit* parapetada tras los polvorientos sillones académicos. Creo firmemente que la lucha que se entablará con motivo de la adjudicación de las obras de este concurso va á ser formidable, si he de juzgar por la agitación que en los círculos artísticos se observa. En uno y otro bando, académico y no académico, hay escultores de mérito que habrán de pagar los vidrios rotos; no es posible, pues, profetizar el resultado, aun cuando ya se susurran los nombres de los artistas que tienen asegurado el triunfo.

***

El movimiento artístico regionalista se propaga rápidamente por toda Europa. Entiéndase bien, *regionalista*, cosa muy distinta del «ruralismo,» que muchos confunden lastimosamente con el primero.

Sabido es que en Inglaterra, además de las escuelas de Norfolk y Norwick, existen pujantes la escocesa de Edimburgo y la de la tierra de Jallas. Todas esas escuelas, que cuentan, especialmente las últimas, con número grande de artistas, celebran anualmente sus exposiciones, de las cuales se ocupan detenidamente los críticos londinenses sin mentar á Ruskins. En Alemania sucede otro tanto. Munich, Berlín, Sthutgard, etc., presentan á la investigación de la crítica arte de aspecto tan vario, tan propio, tan local, que no es posible confundir, por ejemplo, la anemia berlinesa con el vigor de la escuela del Gran Ducado. Francia no se ha podido sustraer á este movimiento, á pesar del cosmopolitismo centralizador parisiense. Verdad que Dumas (hijo), como Barrot antes y Ricard ayer y tantos otros ilustres filósofos, novelistas y políticos no dudaron ni dudan de ese movimiento, que así se inicia con el arte, considerándole como evolución incontrastable contra los empirismos escolásticos que dominaron y aún dominan por la fuerza inicial que todavía conservan.

En Burdeos se ha celebrado la quinta Exposición regional de Bellas Artes, patrocinada por las personalidades de más prestigio de la localidad. El número de las obras expuestas alcanzó á setecientas y pico, y en la mayor parte de ellas dominaba la historia, el asunto, el motivo de la región, viéndose en minoría grande la influencia del ambiente *bourgeois* que tan á mal traer trajo y tan cursis hizo porción inmensa de pintores discretos, obligándoles á pintar *salidas de misas*, *paseando por el bulevar*, *mercado de flores*, *Madame avec le chien*, *dans les courses*, y así por esos trigos de la insulsez y de la anemia, por no escurrirme á calificarlos de otra manera.

Pero no son los bordeleses los únicos artistas franceses que van en busca del originalismo provincial, y más que del originalismo provincial, del misticismo que evoca la contemplación y estudio de la naturaleza. Ilustres pintores cuya residencia oficial es París le abandonan durante largas temporadas para trasladarse á la Auvernia, Bretaña, Borgoña, etc., y comunicar savia fresca, ruda y enérgica á la plástica, acentuando las líneas, acusando con valor la forma contrahecha y débil del modelo urbano, recabando é integrando para el color y al color lo que el artificio industrial le arrebata y descompone, restituyendo á la figura humana el valor estético que reside en la belleza física y que tan íntima conexión tiene con la expresión moral, esa otra belleza psíquica.

Pero aquí, al llegar á este punto, surge un obstáculo con el cual no contaron ni cuentan los artistas que siguiendo las huellas de la escuela tebaica de Barbizon, puesta en boga por los entusiastas de Millet, señala el límite hasta donde puede y debe llegar el arte que dentro del regionalismo se limita á estudiar la vida rural. Por cierto que aun cuando tenga como máxima irrefutable lo de que el ruralismo estará mejor interpretado en el cuadro del pintor nacido en la localidad misma que no en el del extraño, sin embargo, no puede negarse que la pintura rural, apreciada como una manifestación social del arte, es susceptible de que la realice indistintamente el pintor extranjero como el indígena. Y dicho esto que me escarabajeaba hace tiempo, prosigo haciendo patente la contradicción que existe entre la emoción estética y mística que resulta del estudio del campo y sus habitantes, del mar y de sus trabajadores, y los romanticismos y delicadezas que pretenden ver en labriegos y marineros los que se dedican á pintar las escenas en que tales gentes son actores. Nada más contrario á las verdades de la psicología y fisiología que esos labriegos ascetas, que esas campesinas candorosas, que esos marineros románticos. Cuanto más apegados al terruño ó á la lancha, tanto más hijos de la naturaleza serán. Y esas delicadezas, esas emociones íntimas, sutiles, sostenidas por el hilo finísimo de oro de la cultura moderna, hilo vibrante al más ligero movimiento de las sensaciones físicas ó psíquicas, son movimientos inconscientes de las necesidades materiales en el hijo de la naturaleza.

He aquí, pues, cómo el pintor de la vida rural falsea de un modo completo la verdad psíquica, la realidad. Esos movimientos pasionales que diría Spencer, que tienen por causa fehaciente muchas veces el fatalismo del medio en que vive el hombre culto, *intelectual*, no existen, no tienen razón de ser en las gentes del campo. ¿Cuántos suicidas, cuántos locos, cuántos neurósicos han visto entre sus labriegos y marineros los artistas á quienes aludo?

***



EN DESCANSO, acuarela de D. Román Navarro, dibujo del mismo



Fragmento del cuadro *Carga del regimiento de húsares de la Princesa en la batalla de Castillejos*, de D. Román Navarro, dibujo del mismo

Cierro esta crónica haciendo saber á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que para el próximo septiembre celebraremos la primera Exposición Internacional de Bellas Artes en Madrid.

También, aun cuando muy modesta, la prensa madrileña celebrará otra Exposición de los cuadros al óleo, acuarelas, dibujos y apuntes que los artistas españoles han remitido para rifarlos á beneficio de los inundados de Consuegra y Almería, no esperándose más que á recibir los últimos trabajos que anunciaron de Roma varios pintores para realizar la dicha exposición.

R. BALSA DE LA VEGA

SECCIÓN AMERICANA

EL BEATERIO DE HUANUCO

RECUERDOS AMERICANOS

A doscientos cincuenta kilómetros NE. de Lima (Perú) fundó por el año 1539 el capitán Gómez Alvarado un pueblo al cual bautizó con el nombre de *León de los Caballeros.*

Yacían en el sitio escogido por el español aventurero los restos de una ciudad incásica, y no se anduvo por las ramas el de Alvarado: contemplando la belleza de aquel suelo de vegetación lujuriosa, trasunto fiel de un paraíso no descrito en las Sagradas Escrituras, pensó que muy difícil había de serle tropezar con terreno más á propósito para aclimatar todo lo aclimatable.

Pocos son los viajeros europeos que llegan á dicho pueblo, á no ser que los negocios les obliguen á recorrer á caballo los doscientos cincuenta kilómetros que lo separan de la capital de la República, y declaro que tampoco yo hubiera ido á no haberme decidido á ello un deber y una promesa.

León de los Caballeros se llamó andando el tiempo *León de Huanuco*, y hoy sólo por este último nombre se le conoce.

Es capital del departamento de Junín, uno de los más bellos y ricos de la República, y confina con países habitados por salvajes; países que resultan sin nombre ni dueño por estar apenas explorados.

Estas tierras salvajes conducen á orillas del Amazonas, en donde los misioneros tienen residencia.

Es, pues, Huanuco un pueblo especial en América: para llegar á él desde la costa, donde el clima es delicioso, se hace necesario recorrer los doscientos kilómetros pasando por todas las fases climatológicas. Fríos intensísimos en la cima de la cordillera, nieves ó hielos en las *punas* ó mesetas, ambiente tibio en las quebradas, y en algunas, á causa de sus angosturas, falta de aire para nutrir los pulmones; ríos caudalosos, cuyo vadeo es peligrosísimo, y en fin toda suerte de molestias relacionadas con el vértigo de las alturas, con el *saroche* (ahogo) á causa de la rarefacción del aire, con el *surumpe*, horrible dolor que produce en los ojos el reflejo del sol sobre la nieve y con el *ítem* de tormentas que unas veces estallan sobre la cabeza del viajero, cruzando los rayos que es un contento, y otras se las siente abajo, muy abajo. Mientras el sol alumbra esplendente las cimas de las montañas, por donde trepan más que suben las bestias con sus humanas cargas, los habitantes de la llanura rezan á santa Bárbara bendita sobrecogidos de terror.

¡Qué imponente, pero qué bello y grandioso es el espectáculo que allí ofrece la naturaleza!

***

Salimos del Cerro de Pasco á las nueve de la mañana, y permítaseme recordar á los galantes compañeros que sólo por acompañarme á ver á mi esposo iban á sufrir las molestias de un camino en el cual solían emplearse tres días de cabalgadura.

Eran dos españoles: D. José y D. Miguel Gallo, comerciante rico el primero y muy rico minero el segundo. El primero ha muerto, el segundo vive y es feliz, casado con una hermosa limeña.

Emprendimos la marcha y desde la salida del pueblo comenzamos á bajar, á bajar siempre.

Treinta veces en el transcurso del día tuvimos que ponernos los *ponchos* de agua; en aquellos parajes es prenda de reglamento el impermeable. ¿Quién monta sin él? Nadie.

Un indio arreaba la mula que conducía nuestras vituallas y el menguado equipaje que pensábamos necesitar. La jornada fué larguísima: donde pensábamos hacer noche no la hicimos. ¿Cómo se entendía? ¿Desmontar á las tres de la tarde? De ninguna manera. El jefe de la expedición, que por su edad lo era D. José Gallo, echó sus cuentas.

– ¿Seguimos, señora?, preguntó.

– Por mí, en marcha.

– ¡Adelante!, y salimos escapados.

A las siete llegábamos á la posada en donde Gallo había pensado que hiciésemos noche.

¡Qué sitio más hermoso! Era una casa aislada entre dos montañas á la orilla de un río pedregoso que batía furiosamente el agua contra los infinitos peñascos de un cauce, y tan grande ruido hacía, que de no haberlo visto hubiéramos jurado estar cerca de una catarata.

Nos apeamos; los caballeros desensillaron por su propia mano, como todo buen jinete viajero, y colocaron los arreos en la pieza que había de servirnos de dormitorio, sala, comedor y salón de baile.

Los caballos, cubiertos de sudor, fueron baldeados inmediatamente por un *cholo* de la posada y retirados á la cuadra.

Aquellos hermosos brutos, que lo mismo sirven para caracolear y lucirse en un paseo aristocrático que para tragar leguas y leguas subiendo y bajando cordilleras, están ya hechos á estos cuidados que seguramente pondrían los pelos de punta á cualquier *sportmán* europeo.

Apenas D. José Gallo echó pie á tierra se tendió cuan largo era, que no era mucho, y comenzó á revolcarse.

– ¿Pero qué hace usted?, le pregunté.

– Descansar.

– ¿Descansar así?

– Ya lo creo: después de una larga jornada á caballo no hay cosa que quite el cansancio como imitar á los borricos.

Nos revolcamos todos. La escena era curiosa, pero la verdad es que cuando me puse de pie me encontraba más ágil.

Mandamos preparar cena y camas. Cena muy bien; pero camas... ¿de qué modo?

Después de mucho discurrir acordaron arreglar la mía en una lona que pendía del techo á modo de *coy* marino, armar la de D. José en unas tablas sobre banquillos y la de D. Miguel sobre la mesa.

¡Magnífico! ¡Ibamos á estar como príncipes!

Cenamos y salimos al corral; nos sorprendimos de ver mucha gente reunida.

– ¿Qué hacen estos aquí?

– Vienen á jaranear.

– Pues alza, ya están empezando.

– Es que no ha llegado el músico.

Este no se hizo esperar, y al poco rato vimos entrar un indio medio *giente di persona*, como ellos dicen para dar á entender que no son indios vulgares, con un arpa á la espalda y un violín metido en funda de badana, cogido debajo del brazo.

Le obligamos á tocar incontinenti y el hombre dió principio á su tarea,



CORACERO DE LA GUARDIA REAL ESPAÑOLA. (Año 1824.)
Dibujo de D. Román Navarro



¡SEÑORES, BUENAS NOCHES! (EPISODIO DEL REINADO DE FEDERICO EL GRANDE), CUADRO DE ARTURO KAMPF

Comenzó por un vals. ¡Dios mío! Yo estaba ya muy acostumbrada á semejantes degüellos musicales, pero aquél me pareció cruel.

Nadie bailaba: las *cholas* y *cholos* nos guardaban el mayor respeto; ni por más que los incitábamos se movían.

– Toca una *cachua*, dijo Miguel Gallo.

Y el *arpero* soltó su violín para coger el arpa.

Comenzó la música juguetona de la *cachua*, que Miguelito Gallo bailaba muy bien, dicho sea de paso, y allí veríamos á un español convertido en criollo de pura raza sacando á una *cholita* muy guapa, que se puso encarnada hasta el blanco de los ojos.

Jaleábamosles de lo lindo nosotros, y la *cholería* iba también animándose viéndonos animados.

– ¡Qué niña más buena!, decían (la niña era yo). ¡Vaya que era cariñosa con los cholos!

El *arpero* cantó haciendo picarones visajes:

«Si *mi* quieres no *mi* quieres,
Avísame *cun trimpano*;
Alza, dale, torcacita (paloma torcaz),
Alza, dale, torcacita,
Para *mi boscar* otro dueño,
De *to laya* más *mijor*.
Alza, dale, torcacita.»

Miguel bailaba requebrando á la *chola*, que lo miraba con ojos lánguidos, avergonzada de verse emparejada con un caballero, y él, hombre al fin, hacía cuanto en su mano estaba para entontecer á su pareja, siquiera fuese con intenciones sencillas.

Acabada la *cachua* soltó el músico el arpa y cogió el violín; imitó el asno, el perro, el gato y una porción de animales, haciéndonos reir con sus extravagancias; luego obligó al *estradivarius* á llamarnos á los tres por nuestros nombres, y en verdad que no resultaban ininteligibles.

Pedí que me cantasen un *triste serrano* y todos se fijaron en la cholita, que había bailado con mi compañero; éste se levantó á buscarla, porque la muchacha no quería; por fin accedió á los ruegos de don *Meguel*, y se preparó á entonar con música deliciosa la siguiente copla, mezcla de castellano y de quichua:

«En la copa de aquel árbol,
Japarispa,
Mi paloma con ternura,
Niguay cancha,
Dónde está el bien de vida,
Que lo busco.
Dónde está que no lo encuentro,
Chacajpampa.»

De la traducción saqué en consecuencia que una paloma, desolada por haber hallado su nido desierto, subió á la copa de un árbol á llamar á gritos á su amado, pidiendo la muerte si había de vivir sin el bien de su vida.

La poesía india es todo ternura, todo amor, todo lágrimas, y tan impregnada de ella se encuentra el alma de los incas, que no pueden cantar sin amar, ni amar sin desgarrar el corazón con tristes lamentaciones.

La cholita cantaba para Miguel; bien lo veíamos D. José y yo.

Después de otra *cachua* y de algunas *chilenas* (zamacuecas) pedimos la despedida con un *Huayñu*.

Volvió á sentarse la chola á la vera del músico, y cantó con voz doliente y en un castellano parecido al de los vizcaínos del pueblo bajo:

«Ya empieza el pecho á sufrir
¡Ay dulce prenda querida!
¡Adiós! ¡Adiós!
Ya se acerca tu partida
Y me quiero despedir.
¡Adiós, me voy!
¡Adiós, corazón! ¡Adiós, consuelo!
¡Adiós, pichoncito!
¿No respondes á mis quejas?»

Estos versos, que no parecen tener tajo ni revés estampados así, resultan en boca de una *chola* bonita y enamorada un trozo de poesía paradisíaca, y el violín del *arpero* indio, superior mil veces al de Sarasate.

Aquello era un salmo de amor entonado por un ángel con acompañamiento del rey David.

Habíamos hecho entrar á la *cholería* en nuestra estancia, y se retiraron para continuar en el corral ó en la cocina, en cualquier parte; la cuestión era seguir jaraneando y bebiendo *chagta* (alcohol).

Me encaramé como pude en mi *elevado lecho* después de quitarme el traje de montar, y á los pocos momentos entraron mis compañeros, que también se acostaron vestidos.

EVA CANEL

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Un secreto, dibujo de Grivaz. – ¿Quién será él? Esta es la pregunta que se nos ocurre al contemplar la obra de Grivaz, porque no hay duda que de *él* se trata; y á fe que es para envidiado el mortal que consigue verse correspondido por tan gentil doncella, cuya belleza corre parejas con su donaire y aun con la bondad que al través de su expresión picaresca se adivina.

Este dibujo del reputado artista francés tiene tantos primores de ejecución que difícilmente podrían enumerarse: de composición simpática, bien sentido y de entonación agradable y armónica, resulta una obra interesante por el asunto (que también tienen interés las nimiedades, á veces mayor que las grandezas) y grata á la vista por la manera como el autor ha sabido tratarlo.



CARLOS PARNELL

***

Fuenterrabía, apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda. – El anfiteatro de Roma, apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda. – Apunte á la pluma de D. Vicente Cutanda. – Vivo está todavía el recuerdo del incidente á que dió lugar en el seno del Jurado de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona uno de los cuadros de Vicente Cutanda, por los místicos escrúpulos de dos de sus miembros, y latentes también los triunfos obtenidos por el pintor madrileño en los concursos nacionales por sus notables composiciones *A los pies del Salvador* y *La muerte de Sertorio*. Artista de temperamento, ha dado á conocer en las intermitencias que ofrece su vida artística las cualidades que posee y sus aptitudes para el arte que cultiva. Dedicado á la literatura, obandonó en 1869 sus estudios para ingresar en la Escuela especial de pintura de la coronada villa, en la que obtuvo varios premios. Una grave dolencia obligóle durante algunos años á suspender sus trabajos, que pudo reanudar en 1881, pintando su bonito cuadro *Un mercado en Avila*, adquirido por la infanta Doña Isabel, al que siguieron los dos anteriormente citados, y *Santa Teresa de Jesús en éxtasis*, por encargo del Iltmo. señor Obispo de Avila para ser ofrecido á Su Santidad León XIII.

Tal es el autor de *Vœ Victis* que figuró en la primera Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, y de los apuntes á la pluma que reproducimos, escogidos al azar entre los que atesoran sus carteras de viaje.

***

Una consulta, cuadro de D. José M. Marqués – En la primera Exposición Universal de Bellas Artes celebrada recientemente en esta ciudad, llamaba la atención de todos los visitantes el cuadro cuya reproducción publicamos en el presente número; la obra no es de aquellas que por su tamaño ó por estar inspirada en asunto de excepcional interés atraen al aficionado ó curioso; pero en cambio por su dibujo y expresión y sobre todo por su colorido se llevan las miradas de los inteligentes y artistas. La nota del color es indudablemente lo que más sobresale en esta obra y, como dijo un celebrado crítico que por cierto no peca de benigno en sus juicios, recuerda la brillantez y armonía de tonos de la antigua y clásica escuela española.

El Sr. Marqués demuestra en este cuadro un notable progreso en la carrera artística, que tantos lauros le ha valido; hasta ahora pudo decirse que el paisaje era la especialidad del distinguido y asiduo colaborador de esta ILUSTRACIÓN; *Una consulta* demuestra que también en géneros de mayor vuelo puede conquistar renombre igual al que ha logrado como paisajista, y así lo reconoció el Jurado de la Exposición, premiando esta obra que tomada de un dibujo del mismo autor reproducimos.

***

Granadero de la guardia española (1824), dibujo. – En descanso, copia de una acuarela. – Carga del regimiento de húsares de la Princesa, copia de un fragmento de un cuadro al óleo. – Coracero de la Guardia real española, dibujo. Obras de D. Román Navarro. – Román Navarro salió de la Academia de Caballería el año 1875, siendo destinado á un regimiento de húsares de Pavía que operaba en el Norte; trasladado después á Madrid, pudo allí dedicar sus ocios al cultivo del dibujo y de la pintura, por las que siempre había demostrado afición decidida. Más tarde pasó á Galicia, su país natal, y habiendo salido en 1885 á oposición una plaza de Ayudante de la cátedra de dibujo de figura y adorno en la Escuela de la Coruña, ganó este puesto que desempeña todavía y del cual, á no dudarlo, pasará pronto al de profesor. Ha pintado y pinta diversos géneros, paisajes, retratos y asuntos decorativos, mereciendo entre sus obras especial mención el retrato de la Reina Regente, que figura en el salón de Sesiones de la Diputación Provincial coruñesa; el del Sr. Sarthou, gobernador civil de la Coruña, y el de don José M.ª Abella, encargo hecho al artista por la corporación antes citada, y el techo del salón de autos del Instituto da Guarda de aquella ciudad, en que de un modo acabado aparecen simbolizadas todas las artes bellas.

Pero el género predilecto del Sr. Navarro son los asuntos militares, que ha llegado á dominar como los mejores especialistas de nuestra patria y del extranjero; en la reproducción de los mismos brillan los destellos del verdadero genio, y bien se ve que el alma del aguerrido oficial de nuestro ejército tuvo en su ejecución tanta parte como la mano del habilísimo artista. La naturalidad, la espontaneidad con que sus obras de este género están tratadas, difícilmente se adquieren con el estudio, si en el corazón no hay sentimiento, entusiasmo que las inspiren: la corrección, la pureza de líneas, contornos, sombras y matices que se admiran en las producciones de Navarro denotan su talento; la expresión, el elemento psicológico que las anima indican algo más, lo que sólo tienen los que para el arte han nacido, esa inspiración que únicamente de los escogidos es privilegio.

Román Navarro cuenta treinte y seis años, ha sido premiado en varios concursos y exposiciones, y obtuvo del Ayuntamiento de la Coruña una pensión de 4.000 pesetas anuales. por cuatro años para completar en Roma sus estudios, pensión que no pudo utilizar por dificultades de su carrera, en la cual tiene hoy el grado de capitán de la escala de reserva, á la que pasó para poderse dedicar por completo al arte. Recientemente ha sido nombrado corresponsal de la importante ilustración inglesa *Black and White*. No ha tenido más maestro que el profesor de la Academia de Caballería que le enseñó las primeras nociones del dibujo; todo lo que sabe lo ha aprendido observando el natural y estudiando las obras de los grandes maestros en pintura de asuntos militares, como Meisonnier, Detaille y Neuville.

Posee además Navarro una cualidad que aumenta considerablemente su mérito: la modestia. Si pudiésemos copiar algunos párrafos de cartas suyas que poseemos, verían nuestros lectores cuánta es la belleza de su alma y cuán modestamente habla de sí mismo, tanto como con entusiasmo y admiración cuando de sus colegas trata. Es un verdadero artista con todos los buenos afectos de un corazón de niño, abierto á todo sentimiento noble y en el que no tiene albergue ninguna de las bajas pasiones de que por desgracia no están exentos muchos artistas.

***

¡Señores, buenas noches!, cuadro de Arturo Kampf. – En la Exposición del Jubileo de Berlín de 1886 produjo sensación grande un cuadro titulado *La última declaración*, obra de Kampf, pintor hasta entonces desconocido. El lienzo además de sensación ocasionó gran polvareda entre los artistas y críticos: los idealistas calificáronlo de vulgaridad; los realistas le tuvieron por notabilísimo, alegrándose de ver aparecer un nuevo y valiente adalid de su escuela, y el autor logró lo que se proponía, darse á conocer, hacer que su nombre sonara y obtener entre el público un verdadero éxito. De Munich, en donde residía, trasladóse Kampf á Berlín, en donde la muerte del emperador Guillermo le inspiró su *Sepelio del cadáver del emperador;* actualmente vive en Dusseldorf, y desde allí envió á la Exposición de Berlín de 1889 el hermoso cuadro que reproducimos y que representa la sorpresa de los oficiales austriacos en el castillo de Lissa por Federico el Grande durante la guerra de los siete años.

***

Carlos Parnell. – En la noche del 6 al 7 del corriente falleció en Brighton este hombre eminente cuyas campañas políticas en favor de la autonomía de su patria le habían merecido el dictado de *rey de Irlanda*.

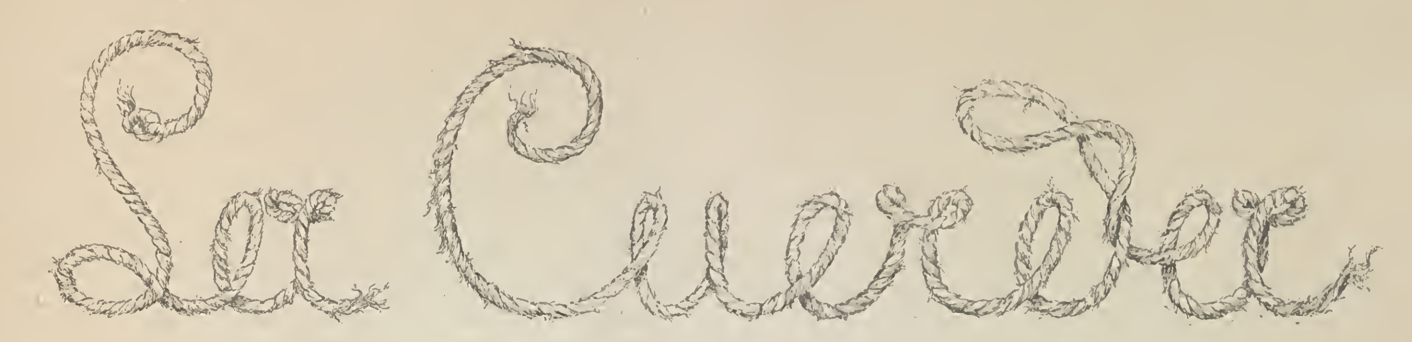
En el número 473 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos la biografía de Parnell, y por esta razón nada hemos de decir hoy acerca de la vida del que se consagró por entero, con abnegación de que hay pocos ejemplos en la historia, á la justa causa de defender á los desgraciados irlandeses contra el yugo opresor de Inglaterra. Pocos días antes de su muerte, el 27 del último septiembre, todavía su elocuente voz se dejó oir en Creggs, adonde fué contra el parecer de su médico y á pesar de las súplicas de la que ante la ley era ya su esposa, y en donde habló por espacio de tres horas de pie, al aire libre y sufriendo la lluvia que no cesó de caer un momento. Al día siguiente regresó á su casa, de la que sólo debía salir ya su cadáver.

Este, encerrado en un triple ataúd de olmo, de plomo y de roble, fué conducido el sábado siguiente á Dublín, y al otro día Irlanda entera hizo con motivo de la exequias de su hijo predilecto una manifestación de duelo imponente, colosal, digna, en fin, del hombre cuyas últimas palabras fueron: «Decid á mis colegas, decid á Irlanda cuánto la he amado. ¡Quiera el cielo que en sus males se vea cuidada como yo lo he sido!»

***

Buenos Aires: Teatro de San Martín, destruído por un incendio en la noche del 2 de septiembre último. – Poco antes de empezar la función, que se daba á beneficio del artista Sr. Milzi, un descuido del encargado de encender las luces produjo el incendio de este teatro, en donde actuaba la compañía de opereta italiana de Tomba. Como el edificio era en su casi totalidad de madera, el fuego adquirió horribles proporciones y á las tres horas de iniciado, el coliseo era una masa de escombros y sólo quedaba de él en pie la fachada principal, que es de piedra. Los esfuerzos de los bomberos hubieron de limitarse á evitar que las llamas se propagaran á los edificios contiguos, entre los que se cuenta el Consejo Nacional de Educación. La única víctima de la catástrofe fué el artista Sr. Spinelli, que estando en su cuarto se desmayó al oir la voz de ¡fuego! y cuyo cadáver convertido en masa informe fué retirado al día siguiente de entre las ruinas.

La hora en que comenzó el incendio evitó mayor número de desgracias; las pérdidas materiales se estiman en seiscientos mil pesos, de ellos doscientos mil por concepto de trajes, decoraciones y demás objetos pertenecientes al Sr. Tomba.



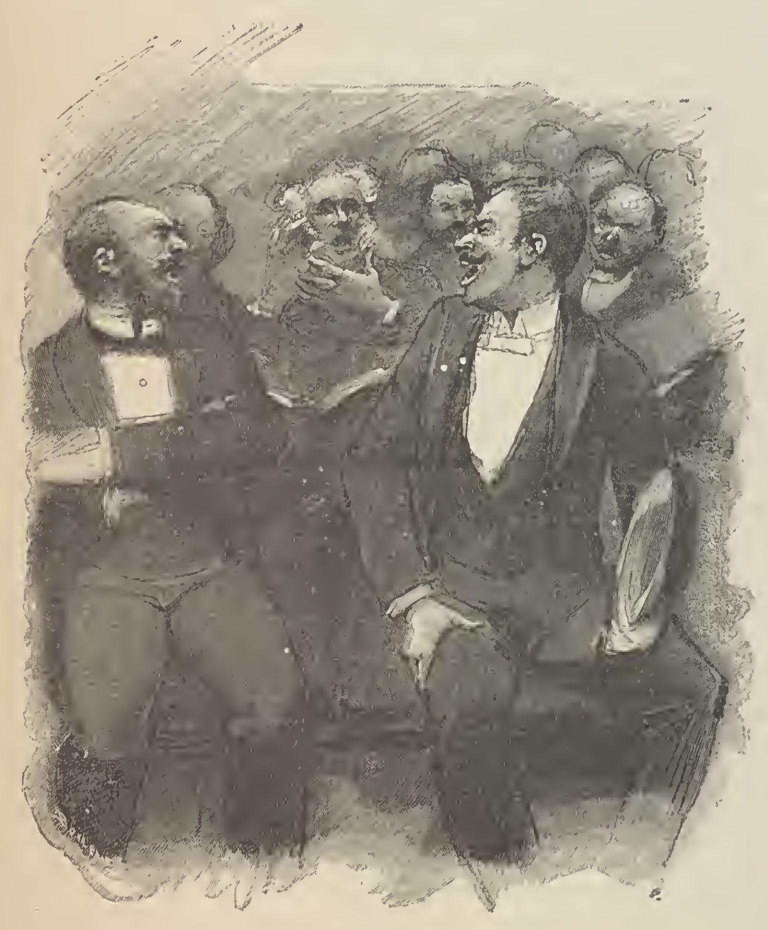
POR M. JULIO CLARETIE (DE LA ACADEMIA FRANCESA). – ILUSTRACIONES DE JUAN BERAUD

(CONTINUACIÓN)

– Bueno, al café Inglés, contestó el notario no muy satisfecho y no atreviéndose á subir al carruaje.

Pero ella haciendo un gracioso movimiento con su manita le invitó á que subiera.

El cochero arreó al caballo, que arrancó en dirección al bulevar, y M. Thomassiére no se daba cuenta de si estaba dormido ó despierto. El, que aún no hacía cuatro días leía *El Eco de Vésone* bajo los árboles de su jardín en el Perigueux, ahora se hallaba al lado de una linda joven en un coche cerrado. ¿Cómo era posible esto? ¿Estaría borracho?



¡Fuera la *claque!*

La señorita Vernier le parecía de cerca aún más bonita que de lejos, y la miraba de soslayo sin atreverse á hablarla. Aquel alegre perfil de rubia, visto de reojo, tenía un atractivo sorprendente: sobre todo la oreja y la nuca, que el cabello levantado dejaba al descubierto. ¡Qué nuca tan blanca, tan llena, tan adorable!

–¿Tiene usted frío?, le preguntó Gabrí. ¿Puedo bajar el cristal?

M. Thomassiére sintió tentaciones de contestarla: «¿Frío?, al contrario;» pero no se atrevió á arriesgar esta frase, limitándose á demostrar su asentimiento con un ademán.

– Yo me ahogo, repuso Gabriela, bajando el cristal é inclinándose hacia afuera para aspirar, ó mejor dicho, beber con sus sonrosados labios y con su nariz dilatada el aire de la calle.

– Además, añadió, tengo el estómago en los pies. ¿Querrá usted creer que no he comido?

–¿Qué no ha comido?, exclamó Thomassiére con cierta emoción mezclada de sorpresa y lástima, suponiendo que algún disgusto sufrido había sido motivo de aquella dieta. ¿Pues cómo es eso?

– Por causa de una exigencia que de repente me ha caído sobre la cabeza.

– ¿Una exigencia?

– Sí, una exigencia del representante de la empresa, ya se lo contaré á usted cenando... Por fin hemos llegado... Tomaremos un piscolabis.

M Thomassiére no entendía una palabra; pero un instinto de piedad contra el que en balde quería hacerse fuerte, le impulsaba á compadecerse de aquella Gabriela que no había comido. ¡Pobre muchacha! Desfallecía de hambre y hablaba de tomar un piscolabis, sin ficciones poéticas, con toda franqueza. ¡Eso sí, franca lo era la señorita Vernier, muy franca!, y además ¡tenía una nuca tan bonita!

El notario no excusaba á Teodoro, ¡qué había de excusarle!, pero le comprendía.

El portero del restaurant ayudó á la señorita Vernier á bajar del carruaje, mientras el notario daba al cochero el precio de la carrera, y Gastón Thomassiére, notario de Saint-Alvere, subió la estrecha escalera del restaurant, detrás de las faldas de Gabriela, que arrastraban sobre la alfombra. Algo intimidado al ver su figura reflejada en los brillantes espejos, á la luz de las lamparitas Edison, y después de haber leído sobre la puerta: *Entrada á los salones*, preguntábase, tropezando con las guarniciones de cobre de las colgaduras, lo que pensaría de él el amigo Langlade si le hubiera visto seguir los furtivos pasos de una linda muchacha, que acababa de cantar delante de mil doscientas personas el rondó de *la Educación laica*.

– ¡Bah!, pensaba, Langlade aprobaría mi conducta... y hasta me envidiaría...

Por otra parte Thomassiére sabía por qué llevaba á cenar á la señorita Gabrí... Era por causa de Teodoro; y antes de una hora él obtendría de la joven que desistiese de sus proyectos con su hijo. «Sí, señorita, usted es linda, seductora... pero... pero»...

El notario, sin embargo, olvidó su discurso, cuando en aquel gabinete del café Inglés, delante del respetuoso camarero, vióse con la lista en la mano, sentado frente á la señorita Vernier, que habíase dejado caer en el divancito de terciopelo encarnado, declarándose *rendida*.

Para llegar al cuarto atravesábanse algunos corredores, y al entrar Thomassiére se había asomado inadvertidamente á un gran salón encarnado, obligando al camarero á que le dijera respetuosamente: «No es por ahí, caballero, ese es *El Gran Dieciséis.*»

Y mientras que Gabriela soltaba una carcajada, el notario creyó observar en el acento del camarero cierta especie de veneración como si se hallara ante la puerta de algún templo. *¡El Gran Dieciséis!* Esta frase sonaba con solemne armonía en el oído del buen habitante del Perigueux. *¡El Gran Dieciséis!*... Seguramente aquel mozo no hubiera hablado con más misteriosa entonación del templo de Isis.

– Veo que es usted parroquiano, dijo burlonamente la señorita Gabriela.

– ¿Yo?

– Sí, seguramente *El Gran Dieciséis* le recuerda su juventud.

M. Thomassiére hizo una mueca, examinó la larga lista que le había dado el camarero, y se sintió un tanto embarazado al fijarse en los platos del día calcografiados en aquélla: Consomé de menudillos á la Bourdalou, ¡Bourdalou en tal sitio!, sopa terciopelo, puré Condé, sopa de leche de almendras; y todavía más nombres célebres, muy célebres: ¡timbales á la Rossini, á la Talleyrand!, ¡polla á la Demidoff!. ¡sollo á la Joinville!, ¡sorbete Neselrode! La tal lista era un *diccionario biográfico*, el catálogo de un panteón.

– ¿Armoricanas ó de Marennes?, preguntó el camarero.

– Armoricanas, dijo Thomassiére, seducido por el nombre y sin saber lo que pedía; pero era preciso no pasar por provinciano delante de la señorita Gabriela.

Erguíase para ello cuan largo era, y sobre su enorme corbata empinaba su delgado rostro de juez de instrucción.

Presentóse otro camarero grueso, pero muy grave: era el encargado de la bodega, que preguntó:

– ¿Qué vino?

– El mejor, contestó Thomassiére.

Y luego repuso para zafarse del compromiso de su situación:

– Esta señorita pedirá lo que quiera.

Y más aliviado con este subterfugio alargó la lista á la señorita Gabrí. A medida que ésta pedía, decía el camarero: «Sopa de colas de cangrejos, pastelillos á la Montglas, ¡muy bien! Langosta á la americana, ¡bueno! Niscchi, codornices con lechuga, fiambres de pintadas, perdices trufadas, ¡bien, señora! ¿El pouding inglés con *sabayón*, no es así? ¡Ah! ¡Ya verá la señora! Quedará satisfecha.»

Thomassiére sentía una emoción desconocida y deliciosa, y miraba al mozo, á la joven, el vulgar espejo donde se veían tantos nombres entrelazados entre extravagantes rúbricas, y á través de la ventana, á los transeuntes del bulevar y los puntos luminosos de los faroles de los coches que pasaban. Parecióle cuanto le estaba sucediendo un cuento de *Las mil y una noches.* No, los viajes de Simbad el Marino no eran más fantástiscos ni más inverosímiles que esta aventura extraordinaria ¡Ah! ¡Cómo podía figurarse Langlade que su amigo Gastón cenaba en el café Inglés mano á mano con una actriz: ¡Gabrí, la célebre Gabrí!

¡Langlade! ¡Pobre Langlade! Metido en su casa, vencido por la pesada somnolencia que da el aire del campo, de seguro que estaría á aquellas horas roncando fuertemente, sin imaginarse las sorpresas que París proporcionaba al amigo Thomassiére.

Y no le hubiera pesado al notario que Langlade despierto asistiera á la apoteosis de Thomassiére, dispuesto á levantarse como juez supremo delante de la señorita Vernier completamente vencida y dominada.

Porque indudablemente estaba dominada, y Teodoro iba á escapársele. Entretanto la actriz comía. ¡Pobre muchacha! No mentía hace poco al asegurar que tenía mucha hambre.

Destrozaba con sus lindos y blancos dedos, con vivacidad ansiosa, las patas



– Es cierto, dijo Margarita Copín humedeciendo sus labios en el dorado Champagne

encarnadas de los cangrejos, y alguna vez se limpiaba las uñas sonrosadas con los labios después de haberse enjugado éstos con la servilleta. No comía, devoraba, tragándose por completo el diccionario de biografía culinaria.

Thomassiére mirábala con estremecimientos de admiración y piedad; admiración por su hermosura, por su cutis nacarado y acariciado por la claridad de las bujías, y piedad por la pobre joven, á la cual dentro de un momento iba á asestar este rudo golpe: «¡Renuncie usted á Teodoro: es preciso, yo lo quiero!»

– ¡Ah!, exclamó por fin la actriz, exhalando un suspiro de satisfacción, que levantó deliciosamente su pecho. Ya me siento mejor; tenía necesidad de *carenarme* y ya está hecho.

– ¿Carenarse?, murmuró Thomassiére.

La joven se echó á reir.

– Término de marina; hice mi estreno en Brest y algo se me pegó. ¡Ah! ¡Qué vida la del teatro!... Si alguién me hubiese dicho que hoy debía representar *la Educación laica*, hubiera creído que se guaseaba conmigo.

El notario quedóse sorprendido, y la preguntó:

– ¿Pues cómo, señorita, no lo sabíais?

– Ayer á estas horas lo ignoraba por completo, tanto que iba á contratarme para Niza con la agencia Robilleau.

– ¿La agencia Robilleau?

– Sí, calle de San Marcos. Me ofrecían un ajuste aceptable... ¡Pero dejar París! He aquí la parte triste: abandonar París. Así es que bendigo á la señorita Vernier y su cuerda... ¡Conque sírvame un poco de Saint-Marceaux y bebamos por la cuerda de Gabriela Vernier!

Y extendió su brazo desnudo, muy blanco, presentando su copa vacía á Thomassiére, que la miraba atontado á fuerza de tratar de comprender qué significaba el nombre de Gabriela Vernier y esta palabra: la cuerda. ¿Qué cuerda? El antiguo notario se preguntaba si la joven se expresaba en un idioma particular, difícilmente comprensible; quizá el francés de París no era enteramente igual al de Saint-Alvere.

– ¿La cuerda?, preguntó Thomassiére interrogando á la cómica con los ojos y con el ademán. ¿Qué cuerda?

La actriz se echó á reir, enseñando unos dientes finísimos, y encogiéndose de hombros, dijo:

– ¡Es verdad, no puede usted saber!... ¡La cuerda! Pues es sencillamente la causa de la multa que ha puesto tan furiosa á Gabriela, y que me ha proporcionado el placer de crear el papel de *la Educación laica*.

– ¿Cómo crear?, interrumpió Thomassiére. Pues qué, ¿no es usted la señorita Vernier?

– ¿Quién, yo?

– Sí.

La actriz le miró estupefacta con sus ojos azules, dulces y picarescos.

– ¿Qué quiere usted decir?

– ¿No es usted *Gabrí?*

– ¿Yo?

– ¿La señorita *Gabrí?*

– Vamos, caballero, dijo la hermosa con frialdad, ¿me ha traído usted aquí para guasearse conmigo?

– ¡No, no!, exclamó el notario. ¡Y cien veces no!

No sabía por qué, pero no le disgustaba el que aquella linda rubia no fuese la señorita Gabrí; efecto sin duda de la compasión. Hacía un momento, cuando pensaba que era preciso asestarle la puñalada de arrancarle á Teodoro, la contemplaba con cierto enternecimiento: «Ciertamente usted es linda, señorita, pero... el deber me obliga...» ¡Ah, el deber! Sí, evidentemente el deber obligaba á M. Thomassiére á arrancar á Gabrí de los brazos de su hijo.

Pero si la linda joven que contemplaba no era la señorita Gabrí, nada obligaba al notario á afligir á tan hermosa criatura, y podía contentarse, si lo tenía por conveniente, con decirle: «Ciertamente, señorita, es usted linda, muy linda, adorablemente linda,» y después terminar su arenga como le diese la gana, sin crueldad y sin aquella puñalada. Pero ¡qué mágico país era París! ¡Qué extravagante! ¡Invitaba á la señorita Vernier y era otra la que acudía!

– Lo que me sorprende, pensaba, es que esta joven sólo con ver mi tarjeta haya aceptado...

Y sumido en sus reflexiones, M. Thomassiére contemplaba á la cómica con cierta indulgencia, no estando dispuesto á hablarla de moral á los postres.

– Veamos, caballero, dijo la joven mondando una almendra, ¿conque ha habido una equivocación? ¿Me ha tomado usted por Gabriela Vernier?

– He creído... que mi tarjeta... mi nombre...

– ¿De modo, exclamó soltando una carcajada que volvió á descubrir sus dientes, que no he sido amada por mí misma?

– ¡Amada!... Pero señora, señorita... Pido á usted me perdone... yo... ahora que tengo el gusto de conocerla... no siento... al contrario...

Dudaba, buscaba palabras, titubeaba...

– ¡Bah!, dijo ella, no tengo qué perdonarle. En todo caso, Blequinet tiene la culpa.

– ¿Blequinet?

– Sí, el representante de la empresa, que ha indicado á la dirección que no pusiera cartel de contra-anuncio, asegurando que esto enfría al público. Por eso se han contentado con poner una nota debajo del cartel. ¿No la ha leído usted?

– No, señorita.

– Pues bien: si la hubiese leído hubiera visto que decía: «La señorita Margarita Copín se presentará con el papel de *la Educación laica.*»

– ¡Margarita! ¿Os llamáis Margarita?

– Copín.

– ¡Es un bonito nombre!

– Montmorency suena mejor, pero es otra cosa.

– ¡No hablo de Montmorency, sino de Margarita! ¡Es un nombre encantador!

– Me lo han dicho muchas veces. ¡Adulaciones! Pero vamos á ver: ¿creía usted haber traído á Gabriela?

– Creía... pero no lo siento... al contrario...

– Usted lo ha dicho, querido. No era á mí, sino... Pues bien: esto enseñará á Gabrí á no tener la cabeza á pájaros.

– ¡Ah! ¿Tiene la cabeza?...

– ¿Quién, Gabrí? Es más mala que la sarna.

– ¡Qué decís!

– Más mala que la sarna.

Thomassiére había entendido bien, pero quería oir repetir las palabras. Pensaba en su hijo. ¡Más mala que la sarna! ¡Pobre Teodoro!

– Es cierto, dijo Margarita Copín humedeciendo sus frescos labios en el dorado Champagne, cuya espuma saltaba á sus narices sonrosadas. Es preciso que ella haga siempre excentricidades: yo no me quejo, porque ha sido en mi provecho, ¡pero qué melindrosa! Diré á usted lo que ha sucedido, si esto no le fastidia, lo que no supongo.

– ¿Supone usted que no me fastidia? ¿De suerte que cree que me interesa profundamente... absolutamente? Pues bien, sí; en primer lugar, porque se trata de ella... y luego, porque por lo visto se trata también de usted, ó más bien, repuso Thomassiére, cuyo rostro grave y digno habíase vuelto risueño, porque primero se trata de usted y luego...

– Pues he aquí lo ocurrido, interrumpió Margarita. Por poco hace fracasar la revista: ¡una revista tan esperada! Desde que la representaron en los Mirlitones, el público del Palais Royal la reclamaba, sí, la reclamaba. Yo ni por pienso imaginaba que había de representar un papel en *¡Quítate, que yo me ponga!*, y deseaba asistir á la primera representación antes de ir á enterrarme en Niza. ¡Es tan hermoso París en invierno! Toda Niza no vale lo que el bulevar. Creo que pensará usted lo mismo.

– No conozco Niza, contestó suspirando Gastón Thomassiére, que empezaba á comprender que no conocía gran cosa á pesar de sus sesenta años.

– ¡Ah!, dijo la señorita Copín. Pues bien: Niza es muy divertido, además está cerca de Monte-Carlo, y tiene muchos recuerdos; pero no obstante, á mí me gusta más esto (y señalaba hacia el bulevar Italiano); pues bueno: estaba anunciada la revista para hoy, y para anteayer el ensayo general... ensayo á puerta cerrada, no por causa de los *couplets*, aunque lo merecen, sino por los *reporters* que, como sabrá usted, charlan los *efectos* y publican los *chistes* antes de la primera representación, lo cual carga á los autores. Gabriela siempre llega tarde á los ensayos, esto es público y notorio. Blequinet la hace cargos por fuerza, y ella contesta: «Hoy no puedo ensayar, Blequinet, estoy muy nerviosa, y si sois malo os envío á paseo.» Según parece, Gabriela tenía sus asuntillos amorosos...

Thomassiére vivamente interesado la interrumpió:

– ¿Asuntillos amorosos? Evidentemente se trataba de Teodoro. ¿Sabría la señorita Copín?...

– No sé nada sino que Gabriela tenía anteayer un humor de perros, y que al vestirse ¡paf! desgarró un traje. La camarera me ha dicho: «lo ha hecho á propósito: parecía una *Menida.*» ¿Por qué estaba colérica? ¿Por contrariedades amorosas? ¡Bah! Las cómicas no deben amar á nadie: todo lo más, al arte.

– ¿De modo que la señorita Gabriela ama?

– Sí, probablemente á algún imbécil. El caso fué que empezó el ensayo, un verdadero ensayo. Los directores, los autores y los censores estaban en sus butacas, las costureras en el balcón y los periodistas en todas partes; pero exceptuando á esas doscientas personas, nadie; todo á puerta cerrada. Todo iba bien... El jefe de la *claque* tomaba nota de los *efectos*... esto lo sé por referencia... Llega Gabriela, soberbia, porque es bonita, muy bonita en toda la extensión de la palabra .. pero ¡cataplum! al salir á escena se enreda en un hilo...

– ¿En un hilo?

– En el teatro á todas las cuerdas se les llama hilos... Cuando se dice cuerda, es de mal agüero, absolutamente de mal agüero, ¿comprende?; es como si se volcara el salero, ó como si se hiciera la cruz con dos cuchillos: trae desgracia. Por lo tanto *cuerda* es una palabra proscrita, prohibida, tanto que al que la profiera le echan una multa.

– ¿Una multa?

– Y gorda. Lo mismo que en casa de un ahorcado, no debe hablarse de la cuerda en el teatro. Pues bien: ¿sabe usted lo que hizo Gabriela? Voy á decírselo. Enredóse, como he dicho, en un hilo, dió un traspiés, pero afortunadamente pudo agarrarse á un bastidor; y cuando entró en escena encaróse con los de las butacas diciendo: «Bien podía prohibirse á los maquinistas que dejasen las cuerdas arrastrando.» Entonces resonó un aplauso en las butacas, y algunas voces gritaron: «¡Bravo!, ¡bravo!, ¡multa á la señorita Vernier!» Los maquinistas hacen un ramillete de cuerdas rodeado de papel, y Blequinet se aproxima á Gabriela exclamando: «¡multa!, ¡multa!» Esto, generalmente á nadie mortifica: se da un luis ó dos á los tales maquinistas, que se los van á beber á vuestra salud, dejándoos en cambio el ramillete de cuerda y en paz. Esto le pasa á cualquiera, pero parece ser que Gabriela estaba malhumorada, muy malhumorada. Dijo mal su *couplet*, y se metió entre bastidores á tiempo que el jefe de los maquinistas le presentó ceremoniosamente el ramillete diciendo: «¡He aquí el ramillete!» «Pues he aquí cómo voy á pagar la multa,» replicó Gabriela, y tomando el ramo lo arroja á la cabeza de Blequinet, que se reía como siempre. «¡Me importa un comino vuestra *cuerda*, que sólo puede servir para ahorcar á la pieza, que no vale nada!» y diciendo así, manotea y grita porque Blequinet, echándoselas de autoridad, la conmina con otra multa de la administración. «Puede usted imponer cuantas quiera, exclamó la Vernier; las pagaré como ésta. ¡Ah! ¿Conque la cuerda hace mal de ojo? Pues bien: ¡cuerda! ¡cuerda! ¡cuerda! ¡cuerda! ¿Qué me importa que silben la pieza? Yo no haré el papel; ahí tenéis vuestra *morcilla*, os la devuelvo; que cante el diablo el rondó de *la Educación laica*! ¡Cuerda! ¡cuerda!, y ¡cuerda!» En fin, estaba echa una furia, y todo el mundo estupefacto. Los autores tenían aspecto de locos; el director decía: «Hará el papel, yo la obligaré.» Los autores gritaban: «¡No, haría fracasar la obra!» y Gabriela repetía: «Aunque me den diez mil francos no hago el papel; que el diablo cargue con este mamarracho. ¡Cuerda! ¡cuerda! ¡cuerda!» Aquello era un huracán desencadenado. Blequinet, decía hipócritamente: «Cosas del corazón; no es culpa suya; Gabriela tiene demasiado corazón.» Pero lo cierto es que por causa de tanto corazón y tanta rabia, el teatro se hallaba en bonita situación, y los autores con el agua al cuello. Se habló de retardar el estreno, pero esto era un trastorno; y buscando quién podría reemplazar á Gabriela, encuentran que yo me parezco á ella: lo cual es muy cierto. Blequinet, con quien he trabajado en el Casino de Enghien, piensa en mí, asegura que haré jugando el papel y que el traje de Draner me sentará á las mil maravillas. Cae sobre mí como una bomba y dice: «Margot (este es mi disminutivo), ¿quieres crear la *Educación laica?*» «Viejo mío, le contesto yo, estoy á punto de firmar para Niza.» «No firmes, ven y hablaremos.» Esto me venía de perillas, porque aunque he dicho que mi marido estaba cazando, la verdad es que ha tomado el tren de Buenos Aires, dejándome varias cuentas que pagar. Debía, pues, tomar una determinación, y me dije; ¿Qué más da Monte-Carlo que París para apuntalarme? ¡Viva la *Educación laica!* Me dieron un día para aprenderme el papel y lo hice en un abrir y cerrar de ojos. ¡Ah! ¡Qué rondó! Los autores decían: «¡Nos ha salvado, nos ha salvado usted, señorita! ¡Qué voz! ¡Qué físico! ¡Es más bonita que la Vernier, mucho más!» ¡Como me necesitaban!... A medida que se aproximaba la hora, me entraba cierto temor que no me ha dejado comer... Y á fe mía, cuando se me ha presentado usted, desconocido, pero simpático, he aceptado lo que nunca hubiera aceptado hace quince días; y he aquí, no á Gabrí, sino á Margarita Copín, encantada por haber sido aplaudida!... ¡Oh! Ya le he visto aplaudir, y más que nadie; y cuando me dieron su tarjeta, me dije: es de ese señor anciano que aplaudía tanto (Thomassiére se sonrió). Y aquí tiene usted explicado por qué he venido aun sin conocerle.

El viejo notario oyó un poco mareado el relato de la cómica. La historia de la cuerda, alegremente contada y salpicada del pintoresco caló de los coliseos, le hizo el efecto de una narración fantástica. La sustitución de una *Escuela laica* por otra, la intervención del representante de la empresa, la nota puesta sobre el cartel, parecíale sorprendente, improbable, irracional; y sin embargo, era la pura verdad; en vez de la señorita Vernier, tenía delante de sus ojos á Margarita Copín, y por tanto no se trataba ya de arrancar á su hijo de los brazos de una mujer. Margarita Copín no pensaba en casarse con Teodoro. ¡Buena muchacha! Y era linda, muy linda... Los autores de la revista satírica tenían razón; seguramente más linda que la Vernier. ¿Cómo podía tener Gabriela aquel cutis tan blanco, aquella profusión de cabellos, entre cuya crencha rubia daban tentaciones á M. Thomassiére de meter los dedos, con pruritos de avaro atraído por el color amarillo del oro?

El notario, con la cara encarnada y asomando por el alto corbatín, sonreía involuntariamente á la hermosa joven que un tanto sorprendida miraba á aquel delgado y alto curial, quien repentinamente enternecido, la contemplaba con benevolencia...

¡Cuando se piensa que si aquel chistoso azar no la hubiese favorecido, si la señorita Vernier hubiera desempeñado su papel, Margarita Copín hubiera firmado su contrata para Niza, París se hubiera quedado sin una actriz tan rubia, y M. Thomassiére no habría experimentado la sorpresa de hallarse en un restaurant á la moda, cara á cara con una linda muchacha, á la que nada tenía que reprochar, literalmente nada. ¡Cosas de la vida!

El notario estaba encantado de todas estas cualidades, y pensaba que era sumamente divertido aquel azar imprevisto que á sus sesenta años le hacía protagonista de una aventurilla galante. ¡Qué diantre de París! ¡Siempre pródigo en ocurrencias imprevistas, poéticas, novelescas! ¡Y cuánto tiempo pasado sin novela en Saint-Alvere, desde la muerte de su esposa Estefanía, que era la Historia en toda su prosa y aridez! De suerte que todavía podía encontrar lejos del país de los vaqueros criaturas tan exquisitas como Margarita Copín; y él, Gastón Thomassiére, recobrar sus primitivos verdores y sus locas vivacidades amorosas, como cuando contemplaba en la Cité Bergere á la bella Mme. Chardonnet.

Terminada la historia de la cuerda, Margarita se dedicó por completo á los postres: quesitos helados, con crema, sorbetes, frutas heladas. ¡Tenía buen apetito la tal Margarita, y sobre todo unos dientes tan blancos!...

– ¿No come usted?, preguntó á Thomassiére.

No, el notario no comía; la devoraba con los ojos, sintiendo extraños caprichos. Toda su pasada juventud surgía del fondo de los años, sutilizada por la imaginación, impetuosa como un estribillo de Désaugiers. Olvidóse de Teodoro, y no pensó en preguntar á la señorita Copín cuáles eran los asuntos amorosos que tan furiosa habían puesto á Gabriela Vernier. Sí, el antiguo notario lo olvidó todo. ¿Por qué había abandonado su país, dejando á la vieja María sola en su cocina y al amigo Langlade, y por qué su venida á París, en donde debía aparecerse á Teodoro como la estatua viviente del remordimiento? «Has medido, desgraciado, la profundidad...» ¡Ah! ¡Qué vago, qué lejano, qué confuso era ya todo esto! Para Gastón Thomassiére ya no había más que una muchacha rubia, sentada enfrente de él, que alegre y con la tez sonrosada mascullaba un pedazo de naranja en dulce.



Supongo que iremos al café Inglés

V

Cuando al siguiente día se despertó, muy tarde por cierto, M. Thomassiére en el cuarto de su hotel, se preguntó si había soñado. Recordaba bien, como á través de una bruma, un gabinete de fonda, brillantemente iluminado, y veía delante de él una mujer rubia... Pero ¿cómo se hallaba ahora allí, en la *Cité Bergere*, solo, y cómo había terminado su sueño? ¡Ah! Sí, al presente se acordaba... Aquel sueño había acabado muy prosaicamente, por cierto, con una carrera nocturna en un coche de plaza, atravesando calles desiertas, y M. Thomassiére había acompañado á la señorita Copín á su casa, calle de Pigalle, y allí, delante de una puerta cochera, ella le presentó la frente como á un padre, para que la diera un beso, asegurándole que no tenía miedo de subir sola la escalera... Y como el notario exhalara un gran suspiro de tristeza y desencanto, ella le dió permiso para ir á verla al día siguiente, y hasta le había rogado que fuera...

Luego, después de un prolongado apretón de manos, cerróse la puerta bruscamente separando á Margarita de M. Thomassiére... y volviendo á subir al coche en donde todavía flotaba un embriagador perfume de mujer, el notario había dado sus señas al cochero, y á poco entraba en el hotel de la calle Bergere saboreando aquella inesperada novela de amor.

(Continuará)

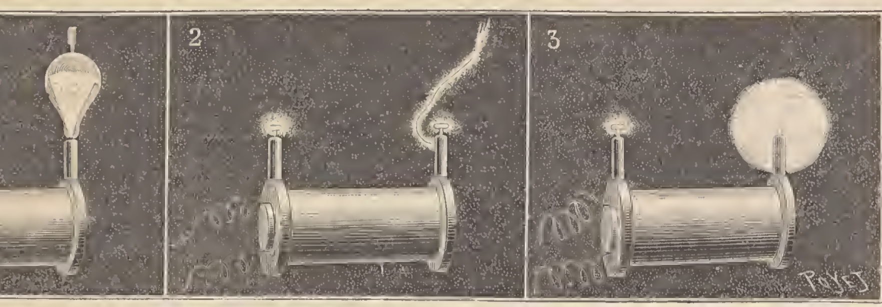
SECCIÓN CIENTÍFICA

EXPERIMENTOS DE M. TESLA SOBRE LAS CORRIENTES ALTERNATIVAS DE GRAN FRECUENCIA

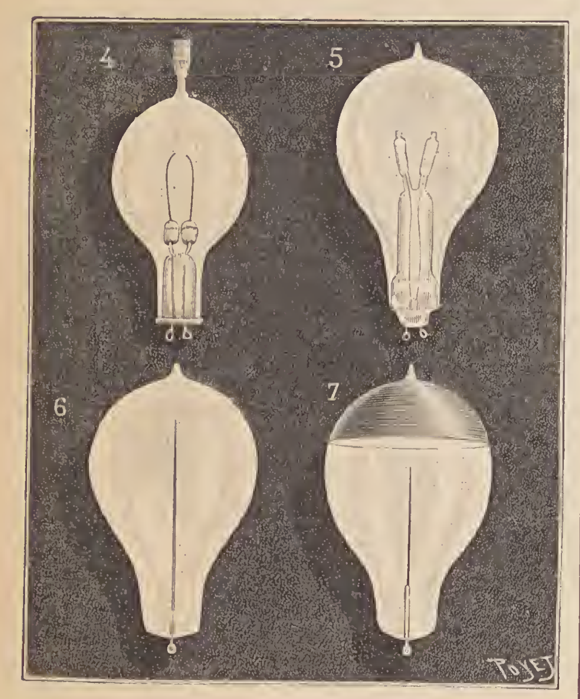
Apenas comenzada la exploración de lo que á las corrientes alternativas atañe, nuevas investigaciones muy recientes parecen ensanchar indefinidamente los límites del campo de aquélla, extendiéndolo á regiones casi desconocidas en donde encontramos á cada paso la sorpresa, la paradoja, lo inverosímil. Uno de los que más interesantes trabajos han realizado en este terreno es M. Nicolás Tesla, cuyas investigaciones, presentadas hace poco al *American Institute of Electrical Engineers*, de Nueva York, si no absolutamente nuevas todas, constituyen, en conjunto, un trabajo importante que formará época en la historia de los progresos de la ciencia eléctrica.

Todos los fenómenos de descarga á que dan lugar las máquinas electrostáticas comunes pueden ser reproducidos por los carretes de inducción cuyo primario esté alimentado por una corriente de gran frecuencia, pero los experimentos se presentan con carácter mucho más marcado por las cantidades de energía eléctrica incomparablemente mayores que la corriente alternativa desarrolla. El molinete eléctrico, por ejemplo (fig. 1), presenta el aspecto de un verdadero efluvio giratorio ó de un sol iluminado por las descargas electrostáticas. Un hilo de cobre cubierto de algodón, fijado en una de las bornas del carrete (fig. 2), produce efluvios luminosos que lo envuelven por entero, y un hilo cubierto de gutapercha ó de caucho, puesto en las mismas condiciones, parece envuelto en una vaina luminosa.

Si se colocan en las bornas de un carrete dos columnas metálicas cuidadosamente cubiertas de ebonita y se cierran todas las rendijas y junturas para que el efluvio sólo pueda producirse en los dos extremos, obtiénense dos verdaderas llamas casi blancas en su base, que en la obscuridad presentan el aspecto de dos llamas de gas que se escapen bajo la acción de una presión excesiva. Según M. Tesla, lo que así se obtiene son verdaderas llamas, y aunque no tan calientes como las de un mechero de gas, podrían llegar á la misma temperatura de éstas á ser posible elevar suficientemente el potencial y la frecuencia. En cualquier punto de un circuito conductor puesto de este modo á una alta temperatura hay un desprendimiento de calor apreciable, tanto más elevado cuanto mayor es la frecuencia de los cambios de potencial. Y si se opone algún obstáculo al cambio de lugar de las moléculas así calentadas puede elevarse la temperatura hasta la incandescencia de un cuerpo: tal sucede con un filamento muy fino encerrado en un globo de cristal, sin necesidad de hacer el vacío en éste. El experimento representado en la fig. 3 resulta todavía más interesante por el hecho de describir el filamento un cono alrededor de su punto de conjunción y de aparecer, por ende, como un embudo luminoso, cuya abertura aumenta ó disminuye según se haga variar el potencial.



Figs. 1, 2 y 3. – *Experimentos de M Tesla.* – Fig. 1. Molinete eléctrico. – Fig. 2 Efluvio producido por un hilo cubierto de seda. – Fig. 3. Filamento incandescente en un globo no vacío de aire; rotación del filamento



Figs. 4, 5, 6 y 7. – *Experimentos de M. Tesla.* – Fig. 4. Lámpara con dos filamentos. – Fig. 5. Lámpara con bloques refractarios aislados. – Fig 6. Lámpara con filamento único. – Fig. 7. Lámpara con filamento único y reflector formando condensador.

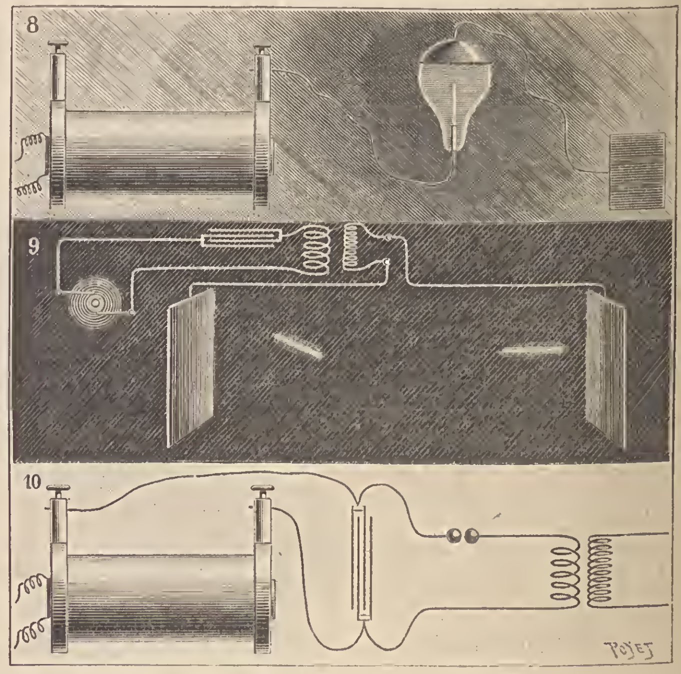
M. Tesla ha presentado al *American Institute of Electrical Engineers* multitud de disposiciones merced á las cuales se obtiene la incandescencia de algunas substancias refractarias sencillamente empalmadas á un carrete que permita elevarlas á potenciales altos de gran frecuencia: bajo este concepto presentan mayor interés y novedad sus investigaciones. Uniendo una lámpara de dos filamentos á los dos extremos del carrete se obtiene la incandescencia de éstos (fig. 4), lográndose igual resultado con dos bloques refractarios unidos á dos conductores (fig. 5); en ambos conos las partes que se quiere poner incandescentes deben estar encerradas en el vacío más completo que pueda conseguirse. Una lámpara de un solo filamento uncido al carrete por un solo hilo también se ilumina (fig. 6).

Como el grado de incandescencia de sus filamentos y su resistencia á las altas temperaturas dependen de su naturaleza, parece que empleando materias muy refractarias se podrá establecer de este modo lámparas eléctricas de larga duración y que llevadas á un alto grado de incandescencia tendrán una producción lumínica muy superior á las ordinarias. Los efectos de estas lámparas de un solo filamento pueden variar en intensidad dentro de grandes límites, aumentando su capacidad: basta para ello proveerlas en su parte superior de un casquete metálico (fig. 7) que forme al mismo tiempo reflector, y poner en comunicación este casquete por medio de un hilo conductor con una lámina metálica aislada, cuyas dimensiones se varían (fig. 8), variando así con gran facilidad el brillo de la lámpara. Análogo procedimiento puede emplearse para producir la iluminación de las lámparas con dos filamentos de que hemos hablado, con sólo unir uno de los hilos al carrete y el otro á un cuerpo aislado de dimensiones apropiadas.

Pero el experimento más curioso es indudablemente aquel por el cual se obtiene la incandescencia, la iluminación de tubos de gas rarificados, *sin ningún conductor*. El principio de la disposición está claramente indicado en la fig. 9; entre dos planchas conductoras paralelas dispuestas á gran distancia una de otra, aisladas del suelo y entre sí, se crea un campo electrostático alternativo de gran frecuencia uniendo las dos planchas con las dos bornas de un carrete de inducción, alimentado por un alternador de gran frecuencia. En estas condiciones basta colocar en un punto cualquiera del campo y en dirección paralela á la suya propia tubos prolongados llenos de gases enrarecidos para que estos tubos se iluminen en seguida á pesar de no contener parte alguna metálica y de no estar en comunicación directa con las dos placas conductoras.

La comunicación de M. Tesla termina indicando un medio de producir corrientes alternativas de gran frecuencia sin recurrir á máquinas especiales dispendiosas y de construcción difícil, fundándose en la propiedad de los carretes de inducción y de los condensadores. Cuando las bornas de un carrete de inducción de alta tensión comunican con una botella de Leyden que se descargue disruptivamente en un circuito, el arco que surge entre las dos bolas donde la chispa disruptiva se produce puede ser considerado como fuente de corrientes alternativas de una frecuencia enorme, ó más exactamente, de corrientes ondulatorias.

Como los efectos electrostáticos se manifiestan en un circuito prácticamente cerrado, son naturalmente muy útiles, pero se puede aumentar su intensidad (fig. 10) enviando las corrientes alternativas provenientes de las descargas disruptivas periódicas del condensador al circuito primario de un carrete de inducción, cuyo secundario proporciona las necesarias diferencias de potencial alternativas de gran frecuencia. Para este experimento (fig. 11), M. Tesla monta el condensador en derivación sobre el circuito inducido del carrete, cuyo primario está alimentado por un alternador ó por una corriente interrumpida. El circuito de bajo potencial también está montado en derivación, pero intercalando en él un espacio de aire en el que se produce la descarga disruptiva. Si, como representa la figura, este circuito está formado por una barra de cobre muy conductora, este conductor es residencia de verdaderos nudos y abultamientos entre los cuales existen diferencias de potencial variables de un punto á otro. De una de las formas de realizar este experimento parece desprenderse que el aire enrarecido es para las corrientes alternativas de gran frecuencia mucho mejor conductor que los filamentos de carbón, puesto que al pasar la corriente eléctrica en ciertas condiciones aquél se ilumina y el hilo no.



Figs. 8, 9 y 10. – *Experimentos de M. Tesla.* – Fig. 8. Lámpara con filamento único y condensador empalmado con una lámina de superficie variable que permite hacer variar el fulgor de la luz. – Fig 9. Iluminación de tubos vacíos aislados en el espacio y sometidos á la influencia de un campo electrostático variable de grandísima frecuencia. – Fig. 10. Producción de corrientes alternativas de gran frecuencia por medio de un carrete ordinario y de descargas disruptivas.

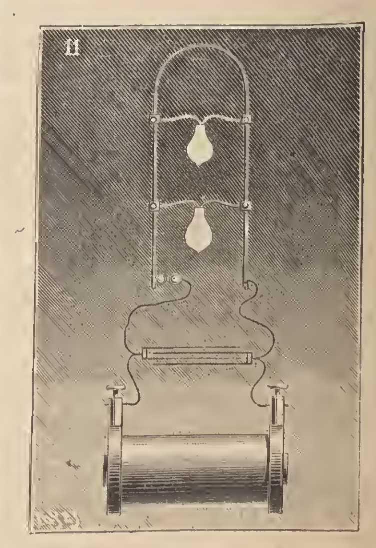


Fig. 11. *Experimentos de M. Tesla.* – Iluminación de lámparas de incandescencia provistas de *shunt* mediante un conductor de cobre de bastante diámetro. Producción de nudos y abultamientos en el conductor.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Cumandá ó un drama entre salvajes, *novela por D. Juan León Miera*, Miembro correspondiente de la Real Academia Española. – «Dijérase que está escrita por un Fenimore Cooper del Sur, más caliente y brillante que el del Norte» «Cumandá es de lo más bello que como narración en prosa se ha escrito en la América española,» así se expresan hablando de esta obra Alarcón y Valera, y ante tales afirmaciones de los ilustres maestros, huelga toda ulterior alabanza.

El libro ha sido editado por don Fernando Fe, de Madrid, y se vende al precio de 4 pesetas.

* * *

Alfredo de Muset, *por E. Zola.* – La galería de extranjeros ilustres que con tanto éxito vienen publicando los señores Sáenz de Jubera hermanos, de Madrid, acaba de poner á la venta la biografía de A. de Muset, escrita, como las anteriormente publicadas, por E. Zola. Es un estudio ameno é interesante en un bonito tomo que se vende al precio de 1 peseta en las principales librerías.

* * *

El cabecilla, *novela por J. Barbey.* – De esta preciosa novela ha dicho Zola: «Para los que busquen el interés de la narración, no conozco libro más á propósito que *El cabecilla*; jamás ha caído en mis manos novela que despertara más vehementes deseos de llegar al fin. Es la obra de un hombre de talento.» ¿Qué mayor elogio puede hacerse?

El libro editado por la casa de Madrid Sáenz de Jubera hermanos, se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

Mancinelli y la Sociedad de conciertos en Barcelona, *por Enrique Sánchez Torres.* – El éxito tan extraordinario como merecido que obtuvieron en Barcelona los conciertos dirigidos por el maestro Mancinelli, justifica la publicación de este folleto, en el que el Sr. Sánchez Torres, con su reconocida competencia analiza concienzuda é imparcialmente una por una las piezas que en aquéllos se tocaron, fijándose no sólo en sus bellezas intrínsecas, sino en la ejecución, cuyos primores elogia con justicia.

Véndese al precio de una peseta en las principales librerías y establecimientos de música.



BUENOS AIRES. – TEATRO MARTÍN, incendiado en la noche de 2 de septiembre último

* * *

Rosario de Nuestra Señora del Pilar, *por Pedro Gascón de Gotor.* – Interesante estudio en que se describe el origen y desarrollo de este Rosario, en ameno y elegante estilo y con gran copia de curiosos datos. Va precedido de un hermoso prólogo del Ilmo. Sr. Obispo auxiliar de Zaragoza y de una sentida poesía del Sr. barón de Hervés, y lleva bonitas ilustraciones de D. Anselmo Gascón de Gotor.

Véndese al precio de una peseta en casa de los autores, Contamina, 25, 3.°, Zaragoza.

* * *

Cámara de Comercio de Manila. Interrogatorio y sus contestaciones. – Colección de los treinta y cinco informes con que el comercio nacional y extranjero de Manila contesta al interrogatorio que la Cámara de Comercio le dirigió para conocer su opinión en punto á los nuevos aranceles puestos en vigor el 1.° de abril del presente año. Contiene datos interesantísimos y muy dignos de leerse, que ilustran en alto grado la cuestión económica que tanta importancia tiene para nuestra patria y nuestras posesiones del Pacífico.

* * *

Sentido del progreso, *discurso leído por D. Eliseo Guardiola en la Asociación de Escritores y Artistas.* – Hemos recibido impreso este trabajo que se lee con sumo gusto y que prueba la justicia de los elogios que al leerlo su autor en Madrid, en la noche de 10 de junio del presente año, le prodigó la prensa madrileña; en él hay buen caudal de doctrina y se revela gran erudición y recto criterio, igualmente apartado del exagerado optimismo de Leibnitz como del tétrico pesimismo de Hartmann.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 26 de octubre de 1891 — Núm. 513

LAS GARRAS DE LA JUSTICIA, *por Padrós*



1



2



3

(Continúa en la pág. IV)

PEDRO, YA ES HORA DE ACOSTARTE

Señores, tengo noventa años y naturalmente, no puedo durar mucho. Recientemente, con frecuencia, me ha parecido oir la voz de mi madre que decía, como cuando era niño: «Pedro, ya es hora de acostarte.»

En una comida que poco antes de su muerte se dió en su honor Pedro Cooper, el gran filántropo americano empleó aquellas palabras sentimentales.

El dolor y los sufrimientos algunas veces arrancan de labios humanos, gritos como: ¡Cuánto desearía morirme! ¡Envidio á los que han acabado con este mundo, sus miserias y sinsabores! Enfermedades hacen que hablen así. Alíviese el dolor, cúrese la enfermedad atormentadora y vuelven á gozar de la vida, como Dios quiere que se goce.

Hace cuatro ó cinco años que una mujer del Canadá decia á su familia: ¡Cuánto deseo morir! Oyeron su observación en silencio, pues estaban persuadidos de que sólo la muerte podía aliviarla. No podemos hacer más que insinuar lo que la había traido á este estado. La historia de siempre, el cambio grande y misterioso de la salud á la debilidad y enfermedad, habiendo sido hasta entonces fuerte y robusta. La vida le había sido agradable y la idea de perderla, le disgustaba, como disgusta á todo el que está bueno física y moralmente.

Entonces llegó el invierno de sus pesares. Empezó á tener dolores de cabeza un gusto de boca nauseabundo y extraño, la piel blanca y clara se volvió de un color amarillo ó cobrizo y ella se volvió estúpida y descuidada en cuanto á sus negocios y obligaciones domésticas. Con frecuencia tenía que vomitar y sufría estreñimiento é irregularidades. Hasta entonces esta mujer vigorosa apenas sabía si tenía corazón, pues su latido era regular, tranquilo y exacto. Ahora empezó á darse cuenta de él y de un modo que la asustaba. El corazón le palpitaba algunas veces con tanta violencia, que á penas podía respirar. Perdió el apetito y se desarreglaron los nervios por falta de nutricion. Tanto le afectaban los sonidos ó ruidos, que no podía tolerar ni la conservación ordinaria de los miembros de la familia. Unos cuantos pasos más por este camino y el paciente llega por lo regular á un estado que se aproxima mucho á la locura. Esto era síntoma y consecuencia, pero no la verdadera enfermedad.

Al tratar de andar la pobre señora daba traspiés, como si el suelo de la habitación hubiera sido la cubierta de un barco en la mar. Perdía las carnes y se quedaba muy delgada. Meses enteros no podía dormir, sino bajo la influencia de un narcótico. Tenía las manos y los piés fríos por causa de la débil circulación de la sangre. El estado del cuerpo afectaba naturalmente el espíritu y estaba melancólica y desanimada con muchos temores. En verdad, el sér compuesto de cuerpo y alma se debilitaba y aniquilaba por la razón más clara y más sencilla del mundo; no podía retener y digerir la comida.

No es más que justicia decir que estaba asistida por los mejores médicos que había y no estamos seguros de que ningún otro médico de este mundo hubiera podido hacer por esta infeliz más de lo que hicieron los facultativos que la estaban asistiendo. Sin embargo, ellos mismos admitían que sus esfuerzos no daban resultado. Les parecía que, como dice el cínico francés, *el prolongado sueño del cementerio* era el único alivio y el único remedio que se podía esperar ó apetecer.

En este estado lamentable se hallaba, cuando un día oyó hablar de una medicina, que había dado resultados tan admirables, como podía ser el ponerla buena. Sin decir a su médico una palabra de lo que pensaba, mandó á la población más cerca por una botella y empezó á tomarla en secreto. El efecto se siguió con tal prontitud, que apenas podía dar crédito á sus mismas sensaciones. Dos eran los buenos resultados inmediatos: podía dormir sin tomar drogas y empezó á sentir que le volvía, naturalmente, el apetito. El cuerpo sintió en seguida el impulso de la nutrición, pues ya no se arrojaba el alimento, sino que el estómago lo aceptaba y lo digería.

Esto parecía contestar á la pregunta ¿qué debo hacer? Confiando en lo que había de sucederle, dijo al médico que iba á tratarse por sí misma algún tiempo, al menos, y mandó por más botellas. Continuó el nuevo remedio todo el invierno siguiente y al volver la primavera volvieron las fuerzas y la salud. Los pájaros entre las flores no cantaban mejor que el contento cantaba dentro del corazón de esta mujer. La enfermedad habia sido un ataque obstinado de indigestión, y la medicina victoriosa era el Jarabe curativo de la Madre Seigel.

Con gusto mandaremos el nombre y la dirección de esta señora á cualquiera que desee verificar lo que se ha dicho. Tiene ahora sesenta y cinco años de edad y goza de la vida bastante para no querer dejarla antes de que llegue naturalmente la distante hora de acostarse.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 rs.

UNA MALA PLUMA, *por Guillaume*



(Véase la pág. II)

LAS GARRAS DE LA JUSTICIA, *por Padrós*



4



5



6



Tipografía LA ACADEMIA
Ronda-Universidad, 6; Barcelona